Como bestias

Violaine Bérot

¿Si hay más rumores? Claro, hay quien habla también de cuentos de hadas y de niños robados. Por lo que he podido entender, parece ser que si la pequeña vivía allí arriba es por culpa de las hadas y no del Oso. Pero esta versión solo la cuentan los más viejos, a los demás les hace mucha gracia. A los viejos les da igual y se lo repiten los unos a los otros, que no tenían que haber sacado a esa niña de ahí, que no nos traerá más que desgracias...

Traducción de Pablo Martín Sánchez

las afueras

Como bestias

Violaine Bérot

Como bestias

Traducción del francés de
Pablo Martín Sánchez

las afueras

Título de la edición original: *Comme des bêtes*
© Violaine Bérot, 2021
First published by Buchet/Chastel, Libella, Paris, 2021
This edition is published by arrangement with Violaine Bérot in conjunction with its duly appointed agents Books And More Agency #BAM, Paris, France and The Ella Sher Literary Agency, Barcelona, Spain. All rights reserved.
© de la traducción, Pablo Martín Sánchez
© de esta edición, Editorial Las afueras, 2022
Av. Diagonal, 534, 2º 2ª
08006 Barcelona

ISBN: 978-84-125911-7-0
Depósito Legal: B 23528-2022

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Maquetación: María O'Shea
Imagen de la cubierta: Pintura de la Roca de los Moros, El Cogul (detalle)

Impreso y encuadernado en Kadmos en papel proveniente de fuentes manejadas de forma responsable, tanto ambiental como socialmente.
Printed in Spain – Impreso en España

Esta novela corta es la primera entrega de un proyecto de escritura llevado a cabo desde hace tres años en diversos lugares.

Quiero dar las gracias a todos aquellos que me han apoyado incondicionalmente en este trabajo de larga duración:

a la región Borgoña - Franco Condado y al Alpage Sapeau-Léger,
a la Fondation Jan Michalski,
a la Fondation des Treilles,
a la Villa La Brugère,
al Centre National du Livre.

Desde siempre
nosotras
las hadas.

Desde siempre
atentas a lo que ocurre
en el mundo de ahí abajo.

Nosotras
las hadas
escondidas en la gruta
en la vertical de la pared
discretas
curiosas.

Nosotras
las hadas
que del mundo de ahí abajo
tantas cosas podríamos contar.

1.

Fue alumno mío. Hará unos veinte años. En una clase con distintos niveles. En primaria.

Era realmente alto. Mucho más alto que los de su edad. Incluso, diría, más alto que su madre. Pero puedo estar equivocada. Daba esa impresión. Era robusto para un chico de su edad. Ancho de espaldas. Realmente corpulento. Pero sobre todo, repito, realmente alto.

No, no acabó la primaria. La cosa, cómo decirlo, la cosa se torció. No por él, qué va, al fin y al cabo con él era todo bastante fácil. Por su madre. No quiso aceptarlo. No quiso seguir nuestros consejos. Rechazó el programa que le propusimos, el que suele aplicarse en estos casos. Se cerró en banda, obstinadamente. A partir de entonces, dejamos de verlo. No volvió nunca más a clase.

No, no le gustaba la escuela. Bueno, tampoco es que no le gustara. Digamos, más bien, que tenía miedo de los otros niños. Y creo que de mí, también. Tenía auténtico miedo —al menos yo lo interpretaba así, por cómo reaccionaba algunas veces—. Lo tenía sentado al final de la clase, completamente solo. Para él era importante estar solo. Y así lo habíamos acordado con los demás alumnos. No se le acercaban, respetaban su soledad. Incluso yo intentaba aproximarme a él lo menos posible. Si lo dejábamos al final de la clase, solo, si nos olvidábamos de él —o sea, si fingíamos olvidarnos de él —, todo resultaba más sencillo. Y de verdad que habríamos podido olvidarnos de él. No hacía ruido, no decía nada. Nunca le oí pronunciar una sola palabra. Supongo que sería algo de nacimiento. Pero siempre ha sido complicado conseguir información al respecto. Lo más curioso era que, si nos acercábamos a él, se ponía a gruñir. A gruñir como un perro —sí, lo siento, ya sé que suena fatal, pero esa era la sensación que daba, la de un perro—. Si nos acercábamos, gruñía. Así que retrocedíamos. Para que se calmara. Pero también como acto reflejo, para protegernos. Retrocedíamos como ante un perro —me sabe mal decirlo de manera tan cruda, pero esa era la impresión que daba realmente—. En cuanto nos alejábamos, se calmaba. Era como si necesitara un perímetro de seguridad. Había unos límites que no podíamos franquear. Si nos acercábamos demasiado, parecía interpretar nuestra presencia como una intromisión. Como una provocación.

No sé hasta dónde era capaz de comprender. No tengo ni idea. Nunca llegué a saberlo. No creo que sirviera de mucho dejarlo solo, sentado al final de la clase. Yo tenía la sensación de que estábamos abandonándolo. En un centro especializado habrían podido ayudarlo. Atenderlo mejor. En fin, eso creo. En clase, con los demás niños, teniendo que cumplir con el programa del curso, yo no podía hacer gran cosa —o esa era mi sensación, quizá me equivoque, no lo sé—.

Sí, intenté contactar de nuevo con la madre. Reanudar la conversación. Yo quería que volviese a la escuela. Lo intenté. Pero no vivían en el pueblo. Vivían fuera. A varios kilómetros de Ourdouch. Si no recuerdo mal, ni siquiera tenían teléfono. Y la madre no respondió nunca a mis cartas. También lo intentaron mis superiores. Pero no consiguieron nada. Estaban ilocalizables.

¿Padre, él? Ah, no, eso sí que no. Eso es inimaginable —vamos, por lo menos yo no consigo imaginármelo—. ¿Con quién habría podido tener un hijo? Pero incluso suponiéndolo. Incluso suponiendo que, vaya usted a saber cómo, hubiese dejado embarazada a una mujer. ¿Dónde habría pasado esa mujer el embarazo? ¿Y qué habría sido de ella después? No, no me lo imagino siendo padre.

Que haya recogido, encontrado, rescatado —en fin, no sé cómo decirlo—, que se haya visto de pronto con una niña pequeña entre las manos y haya decidido cuidar de ella, eso me parece igualmente improbable. No se interesaba por nada. Yo nunca logré captar su atención. Nunca. No me creo ese rumor de que era él quien se hacía cargo de la niña. No. Eso solo pasa en los cuentos. Y aun así, en los cuentos, cuando un ogro se interesa por un niño, siempre es mala señal.

Había que hacer algo. Era la decisión más sensata. No tardaremos en saber de dónde ha salido la pequeña, quién es, qué hacía allí arriba. La vida de esos dos siempre ha sido un misterio. Nunca hemos acabado de entenderla. Desde que el muchacho dejó la escuela —y le estoy hablando de algo que ocurrió hace más de veinte años—, desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

Sí, he oído hablar de ese hombre que dice que mantenía relaciones con ellos desde hace años. Que asegura que el Oso —pues todo el mundo lo llama así—, que el Oso lo ayudaba a curar a los animales. Yo no me lo creo. Más bien creo que algunos hacen lo que sea para salir en la tele. Que se inventan cosas para llamar la atención. Que se mueren por que les pongan un micrófono en la boca. Por aparecer en el telediario. No, créame que eso no tiene ningún sentido. Ese muchacho —al que por algo llaman el Oso— siempre ha tenido una discapacidad mental. Y esa discapacidad lo ha vuelto completamente asocial. Su madre se equivocó al no ponerlo en manos de terapeutas competentes cuando aún estaba a tiempo, como yo misma le aconsejé. No hay que buscarle tres pies al gato. Y por lo que respecta a la niña, ya se verá. Confiemos en la justicia.

En mi opinión, habrá que esperar a ver qué dice la madre —Mariette, se llama—, habrá que esperar a ver qué dice para conocer el final de la historia. Estoy casi convencida de que ella tiene la explicación. Solo hace falta que hable. Es bastante testaruda —y se lo digo por experiencia—. En mi opinión, ella tiene la clave del misterio. No él. Él es incapaz de ocultar o de inventar nada. Porque, a ver, ¿quién dice que la pequeña no pueda ser de Mariette? ¿Qué edad tiene ahora esa mujer? No será la primera en dar a luz a una edad avanzada, ¿verdad? Lo que está claro —más claro que el agua—es que, como madre, cometió una negligencia con su primer hijo. Así que

dejarle criar a un segundo —y además en compañía de un hermano mayor que puede llegar a ser violento, como se ha demostrado—, dejarle a esa hija, dejar que crezca en semejante entorno, me parece peor crimen que quitársela. Eso es lo que yo pienso. Con esa niña se ha vuelto a comportar de manera irreflexiva, si ni siquiera la ha inscrito en el registro —y en una época como la nuestra, en un país como el nuestro, resulta inconcebible no inscribir a un niño en el registro—. Yo creo que esa Mariette, igual que su hijo, tiene graves trastornos psicológicos. Que necesita ayuda de verdad. No la veo capaz de criar adecuadamente a un niño —y que quede claro que lo que estoy diciendo es solo una opinión, pero es la mía y por eso se la doy—.

No, francamente no me esperaba algo así —aunque siempre he creído que deberían haberle hecho un seguimiento—. Cuando se ponía nervioso, daba miedo de verdad. Ahora me arrepiento de no haber insistido más. De no haber hecho entrar en razón a la madre. De no haber subido hasta su casa a hablar con ella largo y tendido. De no haber logrado convencerla. Tendrían que haberle hecho un seguimiento. Era necesario. Ya vemos qué ha pasado por haberlo ido dejando, no me perdono no haber insistido más.

¿De verdad cree que él ha podido criarla, cuidarla, protegerla? ¿Él solito? Sinceramente, no puedo aceptar dicha hipótesis, me parece absolutamente irreal. Nunca he pensado que pudiese apañárselas por su cuenta.

Sí, muy bien, la niña está en perfecto estado de salud. Pero ¿cómo se recuperará mentalmente de algo así? ¿Cómo se habrá desarrollado tras seis años de vida relacionándose solo con el Oso y Mariette? Ya se lo digo yo: por mimetismo, pareciéndose cada vez más a ese pobre muchacho y a esa mujer descarriada. Igual de salvaje y asocial. Igual que ellos en su negativa a mezclarse con otros seres humanos. Me imagino a la chiquilla asustada, nerviosa, igual de impaciente por volver allí arriba. Si Mariette me hubiese hecho caso, no habríamos llegado hasta aquí. Pero nunca ha querido escuchar a nadie. ¿Cómo se recuperará ahora esa niña del trauma? Con un inicio de vida así, difícil lo veo —cuando habría bastado con hacerle un seguimiento, como yo propuse—.

Nosotras
las hadas
lo sabemos.

El mundo de ahí abajo
a algunos
el mundo de ahí abajo
los hace desgraciados.

Desgraciados
los gigantes.

A medio camino
entre el mundo de ahí abajo
y nosotras
a medio camino
los gigantes.

Medio hombres
medio hadas
en el mundo de ahí abajo
extraviados
los gigantes.

2.

Los dos tenemos la misma edad, más o menos. Íbamos juntos a clase, en Ourdouch, sí.

En la escuela lo llamábamos el Oso. Supongo que al principio fue porque no tenía padre. Usted no es de aquí, no tiene por qué saberlo, pero es muy común en el valle. Los hijos sin padre son hijos del oso, es así. Y para nosotros, que no éramos más que unos críos, eso explicaba su fuerza, sus piernas robustas. Además, no sabía hablar, solo gruñir. Por eso el apodo del Oso le venía que ni pintado.

Recuerdo que nos tenía acojonados. Evitábamos por todos los medios cruzarnos con él cuando íbamos solos. Y al mismo tiempo, nos fascinaba. Nos pasábamos el recreo perfeccionando nuestras tácticas. Nos juntábamos unos cuantos, nos escondíamos y luego lo acorralábamos. Sentirse atrapado le daba pavor. Se ponía a temblar. Y a menudo, presa del pánico, se meaba encima, o cosas peores. Nos daba tanta risa que aprovechaba el momento para escapar. Jugábamos a aterrorizarlo. Se trataba de pillar al Oso sin que el Oso nos pillara a nosotros. Organizábamos auténticas batidas. Gamberradas de mocosos. Éramos muy crueles.

Sí, claro que tengo otros recuerdos de él. Por ejemplo, el del día en que la señorita Lafont nos habló de los úrsidos. Me acuerdo de la palabra porque nos dejó impresionados: «úrsido». Nos habló de su comportamiento, de su alimentación y de otras muchas cosas que en realidad ya sabíamos, porque aquí, en otra época, hubo osos, y en las familias aún se hablaba de ello. Y el tema debió de tocarle la fibra a nuestro Oso particular, que nunca reaccionaba ante nada, porque se levantó de la silla y se acercó a la pizarra sin que nadie lo hubiera llamado. Nunca antes había ocurrido algo así. Se subió a la tarima e imitó los gestos del animal. Los del dibujo que nos estaba mostrando la maestra. Nos quedamos de piedra. Incluso la señorita Lafont tardó en reaccionar, antes de pedirle que volviera a su sitio. He vuelto a recordar ese momentoLo he recordado muchas veces. Y me pregunto si no estaría burlándose de nosotros. Si no pretendía pagarnos a sus maltratadores con la misma moneda. Si no fingía ser un oso para reírse de nuestra estupidez, capaces como éramos en aquel entonces de creer que descendía realmente de un animal. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que el más tonto de la clase seguramente no era el que todos creíamos.

Ah, sí, eso también lo recuerdo muy bien, pues después ya no volvió a la escuela. Y nos dejó como un vacío. Ya sé que suena estúpido, con lo mal que nos habíamos portado con él, pero no tardamos en echarlo de menos. El caso es que la señorita Lafont había citado a su madre por la tarde, al terminar las clases. La mujer ya la estaba esperando a la puerta de la escuela cuando salimos del aula. Nadie dudaba de que el Oso se iba a llevar una buena bronca. Nosotros éramos unos críos, nos picaba la

curiosidad y queríamos enterarnos de todo, así que nos colocamos en un lugar estratégico desde el que poder observar la escena discretamente. No oíamos nada de lo que decían, por supuesto, pero tampoco tenía mayor importancia, lo principal era no perderse el espectáculo. Se quedaron hablando de pie en el patio. El Oso era realmente muy alto, bastante más alto que su madre. No sé cuántos años tendría, diez, tal vez doce. La señorita Lafont hablaba, mientras la madre y el hijo escuchaban, cogidos de la mano. Me acuerdo perfectamente porque la imagen hizo que nos partiéramos de risa, la madre cogiéndole la mano como si fuese un crío de tres años, cuando parecía un gigante. La maestra, frente a ellos, daba miedo, se lo aseguro, pero la madre se mantuvo impasible durante todo el discurso, sin dejarse acoquinar. Desprendía una fuerza increíble, era impresionante. Y mientras la maestra hablaba, ella no se limitaba a encajar el golpe, sino que, en lugar de hundirse, parecía hacerse cada vez más grande. Cuando la señorita Lafont terminó su discurso, la madre respondió simplemente «no». No pudimos oírlo, pero no nos quedó ninguna duda de que lo que respondía era exactamente eso y nada más: «no». Y, conociendo la severidad de nuestra maestra, aquello era de una valentía pasmosa. Responder a semejante sermón con un simple no. La señorita Lafont mostró su desconcierto. Luego empezó a hacer aspavientos, visiblemente enojada. La madre no se movía. Había dicho que no, y era no. Entonces pasó algo que me dejó estupefacto. Delante de la maestra, que no era precisamente de las que muestran sus afectos en público, déjeme recordárselo, la mujer besó a su hijo, el tonto de la clase. Y no fue un beso rápido, de los que se dan por inercia, sin pensarlo, no: lo besó con un esmero y una dedicación increíbles. Aquel beso de madre me conmovió. De verdad se lo digo. Nunca había visto un amor igual entre una madre y un hijo. Ni siquiera sabía que algo así era posible.

Conservo de él esta doble imagen: una fuerza aterradora y una ternura excepcional. Tal vez le resulte extraño, o contradictorio, pero no me cuesta nada imaginarlo cuidando de un niño. Eso sí, nunca me la jugaría acercándome a ese niño. Ya ha visto lo que le ha pasado al excursionista. Menudo descerebrado. Si el Oso llega a matarlo, no me habría extrañado lo más mínimo. Los que fuimos con él a clase sabemos que no hay que cabrearlo, bajo ningún concepto, y menos aún si no se está en superioridad numérica. Si lo apodamos el Oso, fue por algo, digo yo.

Estoy completamente de acuerdo con usted. La ley es la ley, y debe aplicarse a todo el mundo. No es normal que una niña de esa edad viva así, sin que nadie sepa de su existencia, sin estar registrada en ningún sitio. Y también entiendo que se abra una investigación para averiguar de dónde ha salido. Lo entiendo perfectamente. Lo que me fastidia, si me lo permite, es que parece que, como el cerebro del Oso no funciona como el nuestro, no podamos imaginarlo siendo padre. ¿Por qué nos cuesta tanto aceptar la idea de que haya podido conocer a una mujer? ¿Por qué negarnos a imaginar que esa niña sea hija suya? Con la madre que ha tenido, no me extrañaría nada que se haya convertido en un padre mucho más atento que cualquiera de nosotros. No me extrañaría nada.

Si no le interpreto mal, usted se imagina más bien una historia en plan: el Oso secuestra a una pobre chica, la encierra en la gruta, la deja embarazada, espera

pacientemente nueve meses y luego, tras el parto, coge al bebé y mata a la madre. Pues si quiere saber mi opinión, me parece que se equivoca de todas todas. Es imposible que él haya planificado algo tan rocambolesco. Pregúnteselo a todos los que han tenido trato con él. Es inconcebible. Si se traga esa hipótesis, y discúlpeme la franqueza, es que aún no ha entendido al personaje. Solo estoy de acuerdo en un punto. Pondría la mano en el fuego por que esa niña es hija suya. Si la chiquilla ha aguantado durante años esa vida extrema es porque él ha cuidado de ella, porque le ha dado todo el amor que necesitaba. Y ese amor le ha permitido crecer y ser feliz, incluso en condiciones que nosotros no dudaríamos en calificar de espeluznantes. Si ha aguantado, ha sido gracias a él. Ya habrá oído lo que dice el tipo ese que sale a correr por la montaña, Luc, creo que se llama. Cuenta que se ha cruzado varias veces con el Oso y con la chavala, y que se llevaban de maravilla. A mí, del Oso, ya no me sorprende nada. Y que haya logrado formar una familia, con la grave discapacidad que tiene, me parece maravilloso.

Nosotras
las hadas
vemos
el miedo de los gigantes.

El enorme miedo
en el mundo de ahí abajo
de los gigantes
miedo por todas partes ahí abajo
miedo ahí abajo todo el tiempo
por todo.

Asustados
aterrorizados
por el mundo de ahí abajo
los gigantes.

3.

Mariette. Mi mujer y yo la llamamos Mariette.

Uy, Mariette se instaló aquí hará unos treinta años, más o menos. Sí, por ahí debe de andar la cosa, porque acababa de nacer nuestro hijo pequeño. Por entonces, el suyo no era más que un bebé, como el nuestro, no deben de llevarse demasiado. Llegó con el niño a cuestas. A saber dónde andaría el padre. Si es que había un padre, claro. Uno no puede dejar de preguntárselo en estos casos. Una madre tan joven, con un bebé, ya sabe.

Yo le vendí la borda. No valía gran cosa, no se podían cultivar unas tierras tan agrestes. No se hace usted a la idea de lo escarpado que es todo aquello, y encima empezaba a cubrirse de maleza, y yo tenía otras cosas que hacer como para preocuparme de mantener ese lugar de mala muerte. Me fue de perillas que a Mariette le interesara. Ya no sé cómo fue la cosa, pero el caso es que le vendí la borda y un poco de terreno alrededor. Ella se quedó contenta y yo también. Eso es lo importante.

Bueno, después la hemos visto como todo el mundo. En el pueblo, cuando llevaba a su hijo a la escuela, que está justo al lado de casa. Y la hemos seguido viendo en el mercado de Saint-Marcel, de vez en cuando. Nos damos los buenos días, como es lógico. Eso es todo.

No, no había vuelto a subir. Vivimos en Ourdouch, ya se lo he dicho, en el pueblo mismo. No tenía ni idea de cómo estaba todo aquello. Más allá de lo que se ve desde abajo, desde la carretera, lo que puede ver cualquiera. Bosque por todas partes. Pero allí arriba, no, no había vuelto a subir. Ya no es mi casa, es la suya, no veo por qué tendría que ir a molestarlos.

Bah, era poca cosa, una borda para las ovejas. Qué sé yo, seis metros por cuatro, algo así. Con la pared norte hundida en la tierra. En la parte de atrás el tejado rozaba con el suelo, de lo empinado que es el terreno. Hacen falta unas buenas piernas para trabajar en esas pendientes. En otros tiempos se segaba todo, cuando aún había prados. Las bordas servían para guardar el heno y dar de comer al rebaño en primavera. Nadie vivía allí arriba, se usaba solo para el ganado. La gente vivía en el pueblo. Fueron los que llegaron después los que tuvieron la ocurrencia de instalarse más arriba. Empezaron a comprar ruinas aquí y allá, en todos los valles, y a restaurarlas como viviendas. Eso antes no se hacía. No, eso no se hacía.

Ah, no, a mí mujer y a mí no nos molesta en absoluto. Que cada cual haga lo que quiera, mientras no moleste a nadie. A nosotros nos iba bien vender la borda y a ella le iba bien comprarla, así que todos contentos. No había nada que lamentar. Qué más

nos da a nosotros si la gente quiere irse a vivir ahí arriba.

Sí, sus colegas me pidieron que fuera con ellos en el helicóptero. Porque conozco bien el terreno, supongo. Y también porque, como le decía, fui yo quien le vendió la borda. Nunca había subido en helicóptero, nunca había visto el paisaje así, desde arriba. Créame, ha cambiado un montón. Se ha llenado de vegetación en algunas zonas. Muchos de los prados que yo conocí se han convertido en bosque. Claro que era de esperar, en todas partes ha pasado igual, mentiría si dijera que me ha sorprendido. Eso sí, alrededor de la borda donde ellos viven todo estaba realmente impecable, muy cuidado. El bosque no es allí tan espeso como puede parecer desde abajo, se nota que hay animales pastando, han abierto claros y pasajes. Vi algunos prados estupendos. Nunca pensé que lo tendrían tan bien cuidado, la verdad. Cerca de la casa vi vacas, vacas jóvenes, diría, terneras. Y más arriba, un rebaño de cabras. Al oír el ruido del motor, salieron todas pitando hacia los peñascos.

Sí, sus colegas sabían dónde había que buscar. Habían marcado el lugar en un mapa. Dimos vueltas alrededor de ese punto. Estaba bastante alejado de la borda. A los pies del risco que domina la aldea de Les Jousses.

No, no estábamos buscando la gruta. Lo que queríamos era avistar a la niña. Y al hijo de Mariette, pues los gendarmes estaban convencidos de que intentaría huir en cuanto los viera llegar.

Bueno, la gruta la conozco como todo el mundo. Por la leyenda de las hadas. Pero nunca he subido, es muy difícil llegar hasta allí, hay que ser un escalador consumado.

¿Cómo? ¿No conoce la leyenda? Mi abuela nos la contaba de pequeños. Si nos portábamos mal, las hadas nos raptarían y nos llevarían con ellas a su gruta, y nunca más podríamos volver al pueblo. Y aquel que, por curiosidad, se aventurase hasta la gruta sembraría la desgracia en toda su familia durante generaciones. Entiendo que mi abuela añadía esto último para que no se nos ocurriera subir a la gruta. O a lo mejor se lo creía de verdad. En todo caso, funcionaba. Nos quitaba las ganas de ir a merodear por allí. Así que no, nunca he estado en la gruta.

No, no les comenté nada sobre eso. En ese momento ni siquiera me acordaba de su existencia. Ya le digo que dábamos vueltas alrededor del lugar en que el excursionista aseguraba haber visto a la niña, con la esperanza de avistarla también nosotros. Sus colegas me habían llevado para buscar a la chiquilla. No se me habría ocurrido ponerme a hablar de hadas.

¿Si quiero añadir algo más? Pues verá, lo que más nos intriga, a mi mujer y a mí, es que Mariette no haya criado a la niña. Que la haya dejado en manos de su hijo. Porque, como le he dicho antes, la conocemos desde el principio, desde que llegó. Y es una persona prudente, reflexiva. Así que ¿cómo es posible que haya permitido algo así? ¿Por qué ha dejado que su hijo críe a esa niña en la gruta? ¿Por qué no se la ha llevado a casa? Incluso si se trataba de ocultarla, la pequeña habría estado mejor con

ellos, ¿no? Eso es lo que más nos extraña. ¿Por qué Mariette no le ha pedido a su hijo que llevara a la niña a casa? Siempre y cuando ella supiese de su existencia, claro. A lo mejor no ha intervenido porque no sabía nada. Pero ¿cómo es posible que su hijo le haya ocultado un secreto tan grande durante tanto tiempo? Sobre todo a ella, cuando todo parece indicar que por lo menos con su madre sí se comunicaba. Porque de algún modo tenía que alimentar a la niña, encontrar comida y otras cosas para ella. Cómo es posible que Mariette no se haya dado cuenta de nada, eso es lo que mi mujer y yo nos preguntamos.

Junto a nosotras
las hadas
desaparece
el miedo de los gigantes.

Se diluye
el miedo de los gigantes
con nosotras
las hadas.

Entonces
les oímos reír
oímos reír a los gigantes
oímos tintinear
en nuestros oídos de hadas
sus risas.

En nuestros oídos
como cosquillas
la risa de los gigantes.

Sus risas
por las pequeñas cosas
un rayo de sol en la nariz
tres hormigas que levantan una brizna de hierba
las risas
de los gigantes
por las pequeñas cosas.

4.

Bueno, yo vivo en la aldea de Les Jousses, y debo de ser su vecino más cercano. Aunque tampoco es que estemos precisamente al lado. El camino que lleva hasta su casa empieza poco después de Les Jousses, pero hay que conocerlo para encontrarlo. Se adentra en el bosque y luego se vuelve muy empinado, serán unos doscientos metros de desnivel o algo así. No sabría decirle exactamente la distancia. Aquí no contamos en kilómetros, esto es la montaña.

No, no tiene coche. Que yo sepa, no lo ha tenido nunca. Pero aquí se las apaña uno. Los sábados, los de Les Jousses bajamos a Saint-Marcel, así que no hay problema. Se viene con nosotros. Lleva una bolsa llena de cosas para el trueque. Y siempre da algo a quien la lleva. No tiene ninguna obligación, no todo el mundo lo hace, pero ella sí. No sé si será por este tipo de detalles, pero yo siempre le he tenido aprecio, por muy salvaje que sea.

A ver, he dicho salvaje porque no sé cómo decirlo, seguramente no sea esa la palabra más adecuada. Es amable y educada, pero nadie se anima a estrechar relaciones con ella. Respetamos su intimidad. Es como si llevase una coraza. Y no nos arriesgamos a franquearla. Tenemos la sensación de que no hay que hacerlo, de que ella no querría. Lo cual no impide que yo le tenga aprecio. Y, como vecina, es impecable. Nunca hemos tenido ningún problema. Y espabilada como pocas. Porque aquí ha habido otras mujeres solas, pero siempre acaban encontrando a alguien, se van a vivir con sus parejas, se separan. Ella no. Ella solo tiene ojos para su Osito.

Bueno, en el coche hablamos de cualquier cosa. Del tiempo, del jardín, qué sé yo, como con todo el mundo, vaya.

No, a él nunca lo veo. No baja hasta Les Jousses. Habría que subir allí arriba para cruzarse con él, y allí arriba yo no voy. Tal vez los cazadores puedan decirle algo más. Aparte de ellos, no se me ocurre quién podría subir hasta allí.

En fin, que aunque sea su vecino más cercano, no sé mucho más. He oído decir que las autoridades se han llevado a una niña, pero yo ni siquiera sabía que había una niña en la casa. Mariette nunca me ha dicho nada de eso.

Me he enterado por los rumores. Vi que pasaban los coches patrulla y aparcaban al principio del sendero. Y el helicóptero justo después. Pero pensé que habría habido un accidente. No fue hasta más tarde cuando me enteré de lo ocurrido. Que se había organizado una emboscada para rescatar a una niña que tenían escondida en la casa. Que la niña no era suya. Que la debían de haber robado. Que los habían detenido y conducido a comisaría. Que estaban en prisión preventiva.

¿Que qué es lo que yo pienso? ¿Quiere usted saber realmente lo que pienso? Se lo advierto, no le va a gustar oírlo. Pero yo no tengo ningún problema en decirle lo que pienso realmente.

En fin, lo que yo pienso es que es un auténtico disparate. Que habría que dejar en paz a la gente así, gente discreta, que no hace daño a nadie. No entiendo por qué los han detenido. Por qué no los dejan tranquilos hasta que se aclare todo. ¿Ha visto el revuelo mediático que se ha montado? ¿El follón que ha provocado en este rincón del mundo al que normalmente no viene casi nadie? Y todo porque habrían encontrado a una niña salvaje. ¡Si los niños salvajes no existen! Un niño es un niño, y punto. Y, luego, ¿qué demonios es eso de la niña robada? ¿Dónde se creen que estamos? ¿En Chicago? ¿Y a quién se la habrían robado? ¿Y cómo? Si él nunca baja de allí. Y ella no va más allá del mercado de Saint-Marcel los sábados, y cuando vuelve es en coche, conmigo o con cualquier otro. Si hubiese llevado consigo a una niña, alguien lo habría visto, ¿no le parece? Ya le digo, un auténtico disparate. A mí es que estas cosas me repatean, no puedo con semejantes delirios.

¿Que por qué me repatea? Porque ¿sabe usted de dónde vengo, yo? De un hospicio. Yo fui un niño expósito. ¿Y qué va a ser ahora de esa chiquilla que se han llevado? La meterán en un hospicio como a mí. Y ya verá cómo notará el cambio entre la vida de arriba y la vida de abajo, vaya si lo notará. ¿Quién le dice a usted que no era feliz hasta que alguien ha tenido la estúpida idea de entrometerse en su vida? ¿A alguien le preocupa qué será de esa muchacha, o a todo el mundo se la suda? A mí qué me importa de dónde ha salido, yo lo que digo es que es asqueroso, eso es, no hay mejor manera de decirlo, es asqueroso impedir que los niños vivan su vida en paz. Además, ¿por qué han ido a por ellos, a por Mariette y el Oso, y no a por mí, por ejemplo? A vuelo de pájaro, yo estoy más cerca que ellos de esa puñetera gruta. ¿Quién le dice a usted que no he sido yo el que ha escondido a esa mocosa allí? No iremos a deducir que el Oso y la niña tienen alguna relación solo porque el Oso se haya abalanzado sobre un turista, ¿no? ¿No ha oído lo que dice Albert? ¿No sabe quién es? Pues le aconsejo que vaya a verlo y que escuche atentamente lo que le diga. Ya verá cómo le dice que el Oso sería incapaz de hacerle daño a una mosca, que si se ha mostrado agresivo es porque no ha podido soportar ver a unos desconocidos tan cerca de una criatura indefensa, y que por eso ha reaccionado así. Habrá pensado que la niña estaba en peligro y se les ha tirado encima, para ahuyentarlos. Así de simple. ¿Y qué secuelas le dejará toda esta historia al Oso, cuando lo más lejos que ha ido en su vida ha sido a la escuela de Ourdouch? ¿Ha pensado usted en ello? ¿Se da cuenta de que puede arruinarle la vida? Y todo para nada, como siempre. Para nada. ¿Se imagina el daño que pueden hacerle? ¿Por qué no lo sueltan, entonces? ¿Por qué se ensañan con él? ¿Qué se creen, que ese chaval es un terrorista o qué? Pero ¿por qué se meten con la gente que no ha hecho nada malo? ¿Por qué se estropea siempre lo que funciona? ¿Qué necesidad tienen de sacar mierda de donde no la hay? Yo es que no lo entiendo.

Pues sí, me cabrea, qué quiere que le diga. Me cabrea que se sobredimensione el asunto. ¿No ha visto a todos esos periodistas con sus cámaras y sus micrófonos

excitando a la gente, queriendo saber siempre más y más, caldeando los ánimos de todo el mundo? ¿Acaso nosotros vamos a meter las narices en sus ciudades? ¿Acaso entramos en sus casas? ¿Acaso fotografiamos su ropa tendida? ¿Acaso nos atreveríamos, por muy rústicos que seamos, a mostrarnos tan groseros? Y ustedes, disculpe que se lo diga tan a las claras, tampoco se han comportado mucho mejor. Han llegado aquí como el Séptimo de Caballería. Sí, ya sé que no son maneras de dirigirse a un policía, pero usted me ha preguntado, así que yo le respondo. Con el *show* del helicóptero, sus colegas se han pasado tres pueblos. Y tanto *merdé* ¿para qué? ¿Con qué objetivo? ¿A quién beneficia? No, definitivamente no lo entiendo.

Nosotras
las hadas
vemos
en el mundo de ahí abajo
encerrar
entre cuatro muros
a los que se salen del rebaño
los extraviados.

Encerrar
entre cuatro muros
a los gigantes.

Lejos de los torrentes
de los bosques
de los animales
lejos de las grutas.

Encerrar
entre cuatro muros
a los gigantes extraviados.

Encerrarlos
por su bien
dicen ellos.

5.

No es un sitio al que vayamos mucho. No se puede subir con el todoterreno. Solo hay un sendero. Nosotros vamos más bien donde hay pistas. Y en esa zona, donde ellos viven, no hay ninguna. Es cierto que merecería la pena, de vez en cuando, hacer un poco de limpieza. Debe de estar petado de jabalíes. Pero, claro, jabalíes hay por todas partes, así que vamos a lo más fácil. Por eso no pasamos mucho por allí, casi nunca, en realidad. Hará cuatro o cinco años de la última vez. Puede que más.

A él no lo he visto nunca allí arriba. A ella, sí. Y eso que no le gusta mucho que cacemos cerca de su casa. Eso se nota.

Ah, no, echarnos la bronca no, eso nunca. Pero, vamos, que no se pone lo que se dice contenta cuando nos ve aparecer.

Yo creo que es por culpa de los rebaños. Tienen animales por todas partes, en libertad, vagando por el bosque, y eso nos complica un poco las cosas, la verdad. Solo faltaría que le pegásemos un tiro a una cabra o a un becerro. Solo faltaría.

Ah, sí, está todo muy cuidado. Todo limpio, no le quepa la menor duda. Rústico, eso sí. O por lo menos lo parece. Al fin y al cabo, allí arriba no hay ni agua ni electricidad, así que por fuerza tiene que ser rústico. Pero nunca hemos entrado en la casa, eso sí que no. Solo la hemos visto por fuera. El exterior está todo arreglado, la leña colocada en pilas perfectas, el jardín protegido con una cerca de avellano trenzado. Sí, no está nada mal. A ver, no es como se ha hecho toda la vida, sino más bien en plan *hippie*, pero a eso aquí ya estamos acostumbrados, hay unos cuantos en la montaña. Pero en su caso no está nada mal. Rollo *hippie*, pero *hippie* serio, no en plan gitano como los demás.

Ah, pero eso solo lo hacemos con los agricultores de verdad. Les llevamos un trozo del jabalí que hemos cazado en sus tierras. Sí, eso lo hacemos siempre. Pero ella no es agricultora. Así que nunca le hemos llevado nada. Además, en realidad, apenas cazamos en sus tierras. Y, por otro lado, ella casi no tiene tierras. Tierras que sean realmente suyas. Lo que hay alrededor de la casa no es suyo. Ella lo utiliza, pero no es suyo.

Uy, a saber de quién será. Es complicado. Todo el mundo tiene pedazos de parcelas minúsculas por todas partes. Y luego hay herencias que no se han repartido, indivisiones. Por si fuera poco, el bosque lo ha cubierto todo, ya no se reconoce nada. Y encima el terreno es escarpado. Ya no tiene casi ningún valor. A la gente le da igual de quién sea. Consulte el catastro, si le interesa.

Sí, nosotros pensamos desde el primer momento que tenía escondida a la niña en la gruta de las hadas. Porque donde la encontraron es justo en la vertical de la gruta.

¿La gruta de las hadas? No, qué va, no es que nosotros la llamemos así, es el nombre que tiene. A ver, a lo mejor no aparece con ese nombre en los mapas, pero aquí todo el mundo la conoce como «la gruta de las hadas».

Sí, es una leyenda muy antigua. Siempre se ha contado que las hadas vivían en la gruta porque resulta inaccesible. Y que robaban a los bebés de los pueblos para llevárselos allí arriba. Que no podían resistirse a robar niños porque eran mujeres, pero incapaces de tener hijos. Y que cuando cogían a alguno, los de abajo se daban cuenta enseguida porque las hadas ponían a secar a la entrada de la gruta ropa blanca, los pañales de los bebés.

No, nosotros nunca hemos visto ropa blanca. No.

No, realmente no creemos en la leyenda, claro que no. Pero no deja de ser algo que se transmite de padres a hijos, la gruta de las hadas es la gruta de los bebés robados. Por eso, cuando nos enteramos de la historia de la niña que habían encontrado justo ahí, nos entraron ganas de subir hasta la gruta.

Nos daba corte venir a decírselo. Teníamos la impresión de que haríamos el ridículo con nuestros cuentos de hadas. Así que preferimos ir a comprobarlo nosotros primero. Hay que reconocer que, pese a todo, teníamos algunos reparos y nos costó decidirnos, pues la leyenda dice que por nada del mundo hay que intentar recuperar a un niño robado por las hadas o, de lo contrario, la desgracia caerá sobre todo el valle. Sí, vale, la niña ya no estaba allí arriba, no se trataba de ir a birlársela a las hadas, pero aun así nos daba algo de miedo que nos recibieran mal. Si es que todavía quedaba alguna en la gruta, claro.

Ya, dicho así resulta absurdo. Pero es que usted no es de aquí, no puede entenderlo. Nosotros sabíamos de qué estábamos hablando.

Al final fueron los jóvenes los que se animaron, pues ellos no tienen miedo de las hadas y se pasan la leyenda por el forro. Además son más ágiles, están en forma y saben escalar. Porque subir hasta allí arriba no lo hace cualquiera. Y no porque el tramo sea muy largo, sino porque hay que tener aguante. Y disponer del material adecuado, claro. Los jóvenes tenían lo que hay que tener. Nosotros los guiamos desde abajo. Porque hay que saber dónde está la abertura. Es difícil encontrarla cuando estás pegado a la pared. No se ve mientras escalas, ni desde abajo tampoco, de hecho. Hay que saber exactamente dónde está. Por poco que se despiste uno, se la deja a la izquierda o a la derecha. Subieron dos al mismo tiempo. Los que saben escalar mejor. Encordados. Para ver si en la gruta había algo.

Pues había lo mismo que debieron de encontrar ustedes cuando subieron después. Harapos, ropa vieja, mantas, algo de vajilla. Comida también, según los chicos. Como

un campamento, vamos. La prueba de que alguien había pasado antes por allí. O que había hecho algo más que pasar. Que había vivido allí. Los chicos dijeron que había también dos bancos, dos bancos pequeños, dos banquitos para niños. Eso es lo que más los impresionó, los banquitos para niños. Dijeron que ahí estaba la prueba. Que en la gruta tenía que haber niños viviendo, y no uno, sino varios, pues hasta bancos había, como en la escuela.

En el mundo de ahí abajo
saben
que nosotras
las hadas
vivimos ocultas
en la gruta.

Saben
que nosotras
las hadas
desde siempre
los observamos
los miramos
y oímos
cómo dicen a sus hijos
que no se fíen de nosotras
las hadas.

Porque
dicen
que robamos a sus bebés.

Nosotras
las hadas
robamos a sus bebés
dicen ellos.

Advierten a sus hijos
que nunca
bajo ningún concepto
nadie
intente recuperar
a los bebés
robados por las hadas.

Nadie
bajo ningún concepto
nunca.

6.

¿Quiere que le cuente cómo son las cosas en el valle? ¿Sus colegas destinados aquí no le han hecho un resumen?

Sí, sí, estoy de acuerdo en darle mi visión de las cosas. Vamos allá. En el valle vive un número importante de personas. Nosotros lo llamamos «valle», pero en realidad son varios valles que empiezan en Saint-Marcel y acaban topando con la montaña. Pues bien, todos los que vivimos en el valle tenemos algún tipo de relación, nos ayudamos, nos conocemos todos, aunque haya bastante movimiento. Gente que se muda, que viene, que se va, de todas las clases sociales. Hijos de papá y gente de la calle. Aquí están todos mezclados. Puede llegar cualquiera. Con el historial que sea. Al final, en realidad, ya ni sabemos de dónde viene cada cual. Acabamos adoptando todos un *look* parecido, la misma pinta, los jerséis de lana, los botines de cuero, el pelo desgreñado, la piel de la cara curtida por el sol. Eso permite borrar las huellas, ocultar la procedencia, mezclarse con la masa. A ver, es una manera de hablar, no es que tengamos nada que ocultar, es más bien una forma de pasar página, de cortar los lazos con nuestras familias. Pero sus colegas ya saben lo que le estoy contando. Nos conocen perfectamente. Están hartos de observarnos. Le dirán más o menos lo mismo, me parece a mí.

Es verdad que Mariette lleva aquí mucho tiempo. Ya estaba cuando yo llegué. Pero nunca se ha relacionado demasiado con los demás. Al principio íbamos a verla, la animábamos a venir con nosotros, a hacer cosas juntos. Yo creo que es por el hijo, no es fácil sociabilizar con un niño así. Además, viven en el culo del mundo, quiero decir que en su valle ya no hay nadie más después de ellos. Hay que tener ganas para subir hasta su casa. Total, que tras mucho insistir sin conseguir nada, acabamos cansándonos. Si prefería estar sola con su hijo, si era eso lo que quería, no íbamos a obligarla a hacer otra cosa. Así que la dejamos en paz.

Sí, los sábados baja al mercado. Ella sola. Su hijo no la acompaña nunca. No tiene puesto, lo lleva todo en la mochila. Vende así, sin licencia. Supongo que no debería decírselo a usted, precisamente, ahí no he estado muy fino, pero qué se le va a hacer. De todos modos, tampoco creo que venda mucho, se dedica más bien al trueque. Ella hace así sus compras. Ya estamos acostumbrados. Yo, por ejemplo, le doy el pan todos los sábados a cambio de queso, cuando tiene, o si no, de otra cosa. Siempre lleva algo. Cuando agota la mercancía, se va. Nunca se queda a tomar algo con nosotros. Se va y no volvemos a verla hasta el sábado siguiente.

Nosotros la llamamos Mariette. El apellido no lo sé. Aquí nos llamamos por el nombre o por el apodo. Y el suyo es Mariette. No hay ninguna más en el valle. Ya sabemos a quién nos referimos.

No, en el mercado no hemos observado ningún cambio en su manera de comportarse. Ha seguido intercambiando siempre más o menos las mismas cosas, marchándose igual de rápido, mostrándose igual de discreta. No, no ha cambiado nada en estos últimos años. Nunca la hemos visto embarazada, eso seguro que no. Ni la hemos visto comprar nada que nos hubiese hecho sospechar que tenían un bebé o un niño en casa. No, para nada. Hasta que no ha estallado el escándalo, no teníamos la más mínima idea de la existencia de la niña. Primera noticia, igual que ustedes. No sabemos de dónde ha salido esa criatura. Ni de quién es hija. Hay quien dice que es hija suya, de Mariette. Pero, si así fuera, no tenemos ni idea de quién puede ser el padre. Y si no es hija suya, tampoco sabemos cómo ha podido llegar hasta allí.

Yo estoy realmente perplejo. Y mire que he visto cosas raras por aquí. Gente que se hace cabañas en los árboles, gente que construye la casa bajo tierra, gente que anda descalza incluso en invierno. Pero una chavala encerrada durante años en una gruta inaccesible, eso ya pasa de castaño oscuro, perdone usted.

¿Que si hay niños que nacen en la montaña sin que nadie los inscriba en el registro? No le diré que algo así sea imposible, pues aquí nada es imposible, esto es un poco una tierra de experimentación, se dará cuenta enseguida, pero no, yo no tengo constancia de que algo así haya ocurrido nunca. Mujeres que dan a luz en sus casas, eso sí. Pero sin comadrona ya no creo que se haga, la gente no quiere correr tantos riesgos. Cuando yo llegué aquí, sí que se hacía, pero ahora ya no.

Sí, también hay chicas que llegan aquí embarazadas, claro. Que vienen solas, quiero decir, sin pareja, sí. Las acogemos. Tienen al crío y rehacen su vida. Aquí o un poco más lejos. Hay mucho movimiento. Pero una chica que haya llegado embarazada y se haya vuelto a ir sin su hijo, no, eso no lo he oído nunca.

Nosotras
las hadas
no robamos a los bebés
no.

Nosotras
las hadas
no robamos a los bebés
pero
aliviamos a sus madres.

Si las madres
no quieren
a sus bebés
nosotras
las hadas
las aliviamos.

Lo saben
aquellas que
madres
no quieren ser.

Saben
que pueden
a nosotras
las hadas
aquellas que no quieren ser madres
a nosotras
las hadas
encomendarnos a sus bebés.

7.

No es verdad. Se equivocan quienes dicen que no recibían visitas. No son unos salvajes. Eso es lo que todo el mundo piensa, pero no es verdad. He dejado que la gente dijera semejantes tonterías durante años porque es lo que habíamos acordado, pero ahora ya no puedo seguir guardando silencio. Ahora, con lo que ha pasado, no me queda otra que hablar. Mariette y su hijo no son unos salvajes, todo lo contrario, son unas personas estupendas. Lo sé porque voy a su casa con cierta frecuencia y porque tenemos trato desde hace tiempo.

¿Que por qué nadie me ha visto nunca ir? Pues porque no paso por abajo. Yo no voy por Les Jousses. Llego por arriba. Por la cima. ¿Sabe cómo es su casa? Se lo cuento. La borda está a unos mil cien metros de altitud. Más arriba todo es pendiente, bosque, rocas. Cuanto más se sube, menos bosque y más rocas hay. Hasta llegar a la cima, que está a unos mil seiscientos metros. Pero más allá de la cima, la otra ladera no es nada empinada, por extraño que parezca. Es un pasto de verano. Y más abajo se ve el valle donde yo vivo. El año en que los conocí, tenía a mis vacas pastando por allí arriba. Yo subía periódicamente desde mi casa para ver al rebaño y controlar que no hubiese ningún problema. Fue así como todo empezó, con mis vacas y con él, que no era más que un chiquillo.

Sí, sí, ya sé lo que dicen por ahí, que tiene miedo de la gente. Sí, ya me conozco la canción. Pero yo tenía a mis vacas. Y fue a través de mis vacas como pude acercarme a él. La primera vez que lo vi, estaba con ellas. Dentro del rebaño. Lo descubrí con los prismáticos. Él no podía verme a simple vista. Déjeme que se lo cuente. Yo había hecho como de costumbre. Buscar de lejos a mi rebaño, con los prismáticos, antes de subir al pasto. Y voy y lo veo entre mis animales. Y me digo: «¿Se puede saber qué está haciendo ahí ese payaso?». Intenté entender qué diablos se traía entre manos. Estaba con una de mis vacas, y no con una cualquiera, sino con la Bourrache, que tenía problemas en la pelvis. Se había hecho daño unos días antes y yo estaba muy preocupado. Tenía toda la parte posterior magullada. Seguramente se había metido en un agujero y se había herido intentando salir. La vez anterior la había visto coja y triste, con la cabeza gacha, como si no se encontrase bien. Este tipo de problemas son muy puñeteros allí arriba, no se puede subir con el furgón del ganado, no puedes bajar al animal para llevarlo al veterinario, es todo muy complicado. Llevaba medicamentos para aliviarle un poco el dolor y quería ver cómo había evolucionado desde la última vez. Y voy y me encuentro a ese tipo precisamente con esa vaca. De lejos me pareció un adulto, luego supe que no tenía más de doce años. Lo estuve vigilando con los prismáticos. Vi que le ponía una mano en la frente, entre los cuernos. Me dije: «Pero ¿qué mierdas hace ese imbécil?». Se quedaron así un buen rato, tranquilos, los dos. Luego él se puso detrás de la vaca. Y que conste que mi Bourrache no era nada dócil, créame. Las había pasado canutas para acercarme a ver qué tenía en la pelvis. No dejó

que la tocara, y eso que me conocía, ¡si había sido yo el que la había ayudado a nacer! Pero el chaval le miraba el culo y ella permanecía impasible. Entonces le puso una mano en cada flanco, como si nada, como si fuera un gato dormitando apaciblemente en el sofá. Y mi Bourrache no dijo ni mu. Y eso, créame, eso es muy fuerte, joder. Era como si estuviese meciéndole los riñones, y la bestia se dejaba hacer. Yo tenía que forzar la vista para observarlos desde tan lejos, pero no me atrevía a acercarme, sobre todo porque iba con el perro, y no quería molestarlos. Llegó un momento en que ya no sabía quién mecía a quién, si era el muchacho el que mecía a la vaca o era la vaca la que lo mecía a él. Pensé que estaba delirando. Hasta que, al cabo de un buen rato, el chico se separó de mi vaca, como si hubiera terminado su cometido, y pensé que entonces se iría. Pero no, se tumbó en el suelo y creo que se quedó dormido. Y mi Bourrache se puso a pacer con las otras, como una más. Me fijé bien en cómo movía la cadera, cómo andaba. Y no se lo va a creer, pero ya no cojeaba, pero es que nada de nada de nada.

No, esa vez no me acerqué a él. El tipo me intimidaba. No olvide que yo aún no sabía que era un niño. Pero al día siguiente volví a subir al pasto, estaba convencido de que lo encontraría de nuevo allí. Permanecí a una distancia prudencial, como el día anterior. Y esperé. Mi Bourrache estaba bien. Más allá de que había adelgazado, no quedaba rastro de su lesión. Y entonces apareció él. Me sorprendió, pues no lo había visto llegar y de pronto estaba allí. Primero se dirigió hacia ella, luego se detuvo a contemplarla. Y de golpe pareció perder el interés y se fue a acariciar a otras vacas. Lo alucinante es que solo se interesaba por las que habían tenido algún problema. A mi Gentiane le pasó las manos por las ubres. ¿Cómo podía saber que mi Gentiane había sufrido una mastitis unos meses antes? Yo quería conocer a aquel tipo, quería saber cómo lo hacía. También quería darle las gracias por la pelvis de mi Bourrache, que parecía como nueva. Pero, no sé por qué, algo me decía que la mejor forma de abordarlo no era apareciendo por sorpresa. Esperé a que se fuera, dispuesto a seguirlo. Pero no hizo lo que yo pensaba que haría. No tomó el camino de bajada, sino que se fue directo a la cima y desapareció por los empinados peñascos de la otra ladera. Fue entonces cuando comprendí quién era, pues la primera vivienda que hay al otro lado es la suya. El tipo no podía ser sino aquel muchacho del que había oído hablar, alto y fuerte como un adulto, y medio bobo, que vivía solo con su madre en la vieja borda de los Dupuy. Me dije que iría a verlos, a su madre y a él, pero pasaron varios días antes de atreverme a hacerlo. Hasta que me armé de valor. Necesitaba darle las gracias. Fui por la cima, como había hecho él. Créame, no era fácil abrirse paso entre los peñascos. Pero estoy acostumbrado a caminar por las rocas y conozco la montaña desde que era niño, así que lo conseguí. Poco antes de llegar a la casa me puse a silbar para advertirlos de mi presencia, no era cuestión de llegar de improviso y darles un susto. La madre me vio llegar, noté que se ponía en guardia, se veía que no estaba acostumbrada a recibir visitas. El muchacho debía de haberse escondido. Fui lo más educado que pude, pedí disculpas por haber aterrizado de aquella manera. Y le conté lo de la vaca, lo que su hijo había hecho, que la había curado. Le dije que su niño tenía un don. Que un chico así era una joya. Que había que hacer algo. Creo que entendió que mis intenciones eran sinceras, que no había ido allí a dorarle la píldora, que lo que me interesaba era su hijo, no ella. No debía de estar acostumbrada a que le

hablaran bien de él. Así empezó la cosa entre nosotros. Y luego, a lo largo de aquel primer verano, empezamos a vernos allí arriba, en el pasto, subiendo cada cual por su ladera. El muchacho siempre iba con su madre, pero yo mantenía las distancias con él. Ella me había contado el miedo que le tenía a la gente. Decía que solo necesitaba tiempo, que se acabaría acostumbrando a mí. Así que yo lo dejaba tranquilo con las vacas. Pocas veces había visto a mi rebaño en semejante estado. Por lo general, siempre hay alguna vaca a la que le pasa algo, es el pan nuestro de cada día, los ganaderos nunca podemos vivir en paz. Pero las mías estaban en plena forma con él. El más mínimo dolor, incluso las pequeñas molestias que yo habría pasado por alto o que ni siquiera habría detectado, todo, él lo curaba todo. Mis vacas lucían un pelo estupendo, tenían los ojos brillantes. Mi perro también lo adoraba. Nunca habría imaginado que pudiese ser tan juguetón. Siempre lo había visto serio, concentrado en su trabajo. Pensé que no le haría mucha gracia encontrarse a un intruso en el rebaño. Pero estaba muy equivocado, no había entendido nada. El chaval no solo tenía buena mano para las vacas. Mi perro se volvía loco de contento en cuanto lo veía. Se revolcaban por la hierba como dos energúmenos. Jugaban a ver quién corría más, se lamían el uno al otro. Entre risa y risa, el muchacho le masajeaba la pata mala, la del tractor. Yo le había pasado por encima cuando era un cachorro. Casi me había olvidado del accidente, pero él intuyó enseguida que aquella pata había sufrido mucho.

Digamos que llegué a un pacto con Mariette. Lo acordamos aquel verano y luego lo mantuvimos. Hace veinte años que dura. En determinadas épocas, les llevo algunos animales. Sobre todo cabras, porque esa zona es muy buena para ellas, está llena de maleza, árboles y peñascos. También les llevo ovejas de vez en cuando, en mayo o a principios de junio, cuando la hierba es nueva. Y también les llevo a las terneras para que me las críen, y vuelven mansas y obedientes, gracias a los mimos del muchacho. A cambio ellos tienen leche y carne, y les echo una mano cuando la necesitan. Pero el acuerdo consiste, sobre todo, en que si le pasa algo a alguno de mis animales, él se encarga. La gente de la zona dice que tengo un don. Y yo me parto de risa, porque la verdad es que no soy ningún hacha cuidando a los animales, en absoluto, mientras que él, en cambio… Pero Mariette me prohibió desde el principio contarlo. Eso también forma parte del pacto, dejar que la gente crea que soy yo el que los cura. La gente me trae a sus animales enfermos. Me los dejan unos días y vuelven a buscarlos cuando yo los aviso. Les digo que soy incapaz de hacer nada con el propietario merodeando por ahí. Créame, los ganaderos lo agradecen un montón cuando el veterinario ya no sabe qué hacer y hay alguien que consigue curar a sus animales. Luego me reparto con Mariette el dinero o lo que me hayan dado. Sí, ya sé que todo esto no es muy legal, pero he venido a contárselo todo, no quiero ocultar nada, así que esto también se lo tenía que decir.

Sí, viene hasta mi casa. Pasando por la cima. Silba para avisarme de que está llegando. Hablar no habla, pero silbar, sí. Y yo tengo un silbido particular para decirle que estoy solo, que puede acercarse. Aquí silbamos para avisarnos los unos a los otros. Por lo demás, le hablo con naturalidad. No sé por qué la gente piensa que es idiota. No es verdad. Lo entiende todo, como usted y como yo. Así que viene a mi casa y cura a los

animales. A todo el que lo necesita. Les quita el dolor, o se lo alivia. A veces me quedo para ver cómo lo hace. Es muy interesante. Las bestias confían en él de inmediato. Pero hay algo más. Es como si fuese una vaca entre las vacas. No, tampoco es eso. Es más bien como si fuera el dios de las vacas, no sé si me entiende. En fin, es complicado de explicar. Pero mis animales harían lo que fuera por él, de eso estoy seguro. Y si pudieran hablar, le dirían lo mismo que yo, que por muchas milongas que nos cuenten, nadie nos podrá convencer de que ese chico es malo.

No, yo no. Yo nunca lo he llamado el Oso. Yo siempre me he referido a él como «el Gran Mudito». Ya de niño lo llamaba así. Porque incluso de niño era enorme. Solo su madre podía llamarlo «mi pequeño». Para mí siempre ha sido «el Gran Mudito».

Sí, yo vivo solo. Siempre he vivido solo. Mi granja está tan alejada de todo como su casa. Está incluso en un lugar más recóndito, mal orientado, con poco sol y demasiado frío. Poca gente aguantaría viviendo en un sitio así. En todo caso, yo no he conocido a ninguna mujer dispuesta a instalarse allí.

¿Mariette? Oh, créame, ¡no me atrevería a tocarle ni un pelo! Esa mujer infunde respeto. Era así cuando la conocí y sigue siéndolo ahora. Saber que está ahí, al otro lado de la cima, que le puedo echar una mano cuando lo necesite, que nuestro particular sistema de ayuda mutua funciona a la perfección, que mis animales se portan de maravilla, con eso a mí me basta para ser feliz, no pido más.

¿Que a qué se dedica ella? ¿Se refiere a si tiene un trabajo? Por supuesto que lo tiene. Trabaja en su casa, pero para alguien de fuera. ¿No lo sabía? La gente piensa que no tiene oficio ni beneficio por culpa de su hijo, pero nada más lejos de la realidad. Es una mujer normal, una mujer trabajadora. Como nunca ha querido encerrar a su hijo en una de esas instituciones para locos, ha tenido que renunciar a las ayudas y se ha visto obligada a trabajar de lo lindo para salir adelante. No, si coraje tiene para dar y regalar, ya se lo digo yo.
¿Que cuál es su oficio? Hace joyas. Y nada de baratijas. Joyas de calidad. Los sábados, cuando va al mercado, envía las que ha fabricado durante la semana y recoge material para hacer más. Se lo pueden confirmar en la oficina de Saint-Marcel, donde tiene un apartado de correos. Y su trabajo está declarado oficialmente, todo en regla, puede usted comprobarlo.

No, yo no sabía nada de la niña.

Se lo juro, no sabía nada.

Lo único que puedo garantizarle es que no vivía con ellos. No en la casa, por lo menos, porque yo voy de vez en cuando y la habría visto. Puedo asegurarle que en esa casa nunca ha habido una criatura. Y permítame que le diga que está usted muy equivocado si cree que el Gran Mudito ha podido hacerle daño a alguien. Él solo sabe cuidar de los demás. Él no hace el mal, él lo cura.

No tengo ni idea de dónde ha podido salir. A lo mejor se la ha encontrado por ahí. A lo mejor alguien la ha abandonado. Yo qué sé. Antes se dejaban los bebés a la puerta de las iglesias, ¿no?

Si alguien la dejó en mi casa, yo no me enteré. Él la encontraría antes que yo, en tal caso.

¿Y por qué tendría que estar ocultándole nada?

¿Que si el muchacho habría sido capaz de ayudar a dar a luz a una mujer? Claro que sí. Pero no creo que ninguna mujer haya tenido la ocurrencia de venir a parir a mi casa. Claro que no puedo asegurárselo, porque yo no he estado todo el tiempo con él. De lo que no me cabe ninguna duda es de que, si en algún momento ha tenido que ayudar a dar a luz a una mujer, seguro que todo ha salido a pedir de boca.

¿Qué se cree que hacía con los animales? ¿Acaso cree que es muy distinta una vaca de una mujer cuando hay que traer al mundo a una criatura? ¿Cree que él se lo plantea? Si una mujer se ha puesto de parto en su presencia, entonces no me cabe ninguna duda de que la ha ayudado. Él ayuda a parir a los animales. ¿Y quiere que le diga algo que lo va a descolocar más todavía? Porque ya me he dado cuenta de que lo he descolocado cuando he dicho que una vaca y una mujer son lo mismo. Pues bien, yo lo que creo es que si realmente una mujer ha dado a luz con él, ha tenido mucha suerte. Porque traer al mundo a un bebé con la ayuda del Gran Mudito tiene que ser muy distinto a parir rodeada de batas blancas y del olor y las máquinas de un hospital. Porque él no la habrá tumbado encima de una mesa con las patas abiertas. No le habrá dicho «empuja, cielo, empuja». No le habrá puesto los fluorescentes en la cara y todos esos aparatos haciendo pip-pip a su alrededor. No. Él la habrá dejado moverse todo lo que haya querido, y levantarse y sentarse y ponerse en cuclillas hasta encontrar la mejor posición para traer al mundo al bebé. Él no la habrá obligado a acostarse de espaldas, porque una posición así para parir es un disparate. Él le habrá dado un masaje y la habrá tranquilizado, y eso ha tenido que ser una forma de nacer muy bonita.

No, no estoy idealizando nada. Pero supongo que no es fácil de entender para alguien como usted, que viene de la ciudad. La relación entre los animales y los humanos les resulta demasiado ajena. Todo esto ya no forma parte de su mundo, y lo entiendo. Pero le aseguro que no estoy idealizando nada.

Nosotras
las hadas
no robamos a los bebés
no.

Nosotras
las hadas
no hacemos más que esperar.

Esperar
a que nos lleguen
los bebés.

Nosotras
las hadas
no hacemos nada más
sabemos que llegarán
somos pacientes
tenemos motivos para ser
pacientes.

Ya que
un día
los gigantes
en nuestra gruta secreta
depositan
a los bebés.

Bebés
sin madre.

Bebés de todo tipo
menos robados.

Bebés
que nos encomiendan
para que se duerman
protegidos
en nuestros brazos de hadas.

8.

Era un buen toro, pero tenía las pezuñas delicadas. Ya no podía montar. Alzarse sobre las patas traseras era demasiado peso y le dolía. De un día para otro, dejó de hacer su trabajo. Tal vez debería haberlo herrado, pero preferí llevárselo a Albert. Se decía que Albert tenía un don. Nadie había visto nunca cómo lo hacía, pero lo cierto es que los animales volvían distintos. Como más mansos. Más relajados. Mi toro cambió por completo en unos pocos días. Le había devuelto el ánimo. Ya ni se acordaba de lo delicados que tenía los pies. Se subía a las hembras como un zagal. No era el mismo, créame. Es el toro que más me ha durado. No lo habría vendido por nada del mundo. En cuanto lo soltaba entre las vacas, se convertía en un príncipe. Se les acercaba educadamente, las olfateaba con cuidado y, en el momento preciso, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, justo cuando ellas tenían ganas, pumba, las montaba. Parecía divertirle lo fácil que se había vuelto su trabajo. Nunca he tenido otro toro como él, tan vigoroso, tan alegre, tan apreciado por las hembras.

Ah, bueno, con eso no salgo de mi asombro. Que fuera el Oso y no Albert quien curaba a los animales. ¡Santo cielo! Quién se lo habría imaginado.

Sí, me dejó descolocado. Porque me acordé de mi toro. Y pensar que ese tipo supuestamente retrasado era el que lo había vuelto tan viril, tan buen toro, me revolvió por dentro, se lo juro. Porque Albert, vale. Albert conoce a los bovinos, ha nacido rodeado de ellos, pero el otro, ese enorme memo, que no sabe ni hablar, venga ya. Aunque si Albert lo dice, será verdad. No es ningún charlatán, Albert. Y cuando pienso en el montón de animales que ha curado. De toda clase. Vacas, ovejas, perros, todo tipo de animales, ya le digo. Por aquí todos hablaban del don que tenía Albert, o que creíamos que tenía. Y va y resulta que no era él. ¡Que era el Oso! Y van ustedes y lo encierran. ¿Y ahora qué haremos nosotros con los animales enfermos? ¿Qué haremos ahora?

He oído lo que se cuenta, sí, que la niña y el burro eran culo y mierda. Y para mí esa es la prueba definitiva de que la chiquilla es la hija del Oso, porque no todo el mundo es capaz de hacerse amigo de un burro, eh. Pero viendo cómo el Oso les apacigua el carácter, para mí que la chavala lo ha heredado de él, y que no puede ser sino su hija.

De la madre de la pequeña no sé nada. Que no es de aquí, eso seguro, porque, que yo sepa, en el valle nunca ha habido una mujer que haya perdido a su bebé. Para mí que alguien le ha dejado esa niña al Oso. Como yo hice con mi toro. Y mientras haya estado con él, nada malo ha podido pasarle. Eso es lo que tiene que entender, que ese buen hombre no ha hecho nada malo. Solo su trabajo. Y ya va siendo hora de que lo suelten, de que lo dejen volver, porque una de mis vacas se ha hecho una herida que le baja hasta el ojo y me gustaría que el Oso la viera cuanto antes, porque si no va a

perder el ojo, y ya es mala pata que le haya pasado algo así justo cuando el Oso no está aquí para curarla.

Ya le digo que a mí no me extraña nada. Si la chiquilla goza de buena salud, es porque él ha cuidado bien de ella. Escuchen lo que la niña intenta decirles. A mí me lo decía mi toro, que ese hombretón, por muy simple que sea, le cambió la vida. Los que ha curado, si pudiesen declarar, todos ellos, da igual que sean toros o niñas, le dirían que no hay que condenar a ese tipo, que el Oso los ha salvado. A mí no me importa estar varias horas aquí, y mire que tengo cosas mejores que hacer, pero no me importa estar en esta comisaría las horas que haga falta para que me entienda usted bien. Porque si yo hubiese dejado a mi toro, pongamos, la mitad del tiempo necesario, estoy seguro de que no hubiese podido montar ni a una sola vaca, y el dolor de pezuñas le habría vuelto. Hay que dejar que las cosas lleguen a su fin, oiga. Hay que tener paciencia. Entiendo que pueda chocar a la gente, una niña en la montaña con un bobalicón y rodeada de animales, pero yo lo que digo es que hay que confiar en él, dejar que el Oso acabe lo que ha empezado, porque a lo mejor aún necesitaban algo más de tiempo, él y la niña. Mire, a mi toro se lo quedó todo el tiempo que hizo falta, no se me pasó por la cabeza ir a buscarlo antes de hora, le dejé acabar. Y cuando Albert me dijo que ya estaba bien, fui a buscarlo, no antes. Y ese era el momento adecuado, se había curado completamente. ¿Entiende lo que le digo? ¿Ve la relación entre mi toro y la niña? ¿Lo entiende o quiere que se lo vuelva a explicar?

A nosotras
las hadas
aquellas que
madres
no quieren ser
nos dejan a sus bebés.

Dejan a sus bebés
en nuestros brazos
de hadas.

Pero nosotras
las hadas
madres
no
podemos ser.

Nosotras
las hadas
con los bebés
no sabemos qué hacer
más allá de
mecerlos
en nuestros brazos.

9.

Compramos un pequeño aprisco hace tres años y lo reformamos para poder venir a descansar, a dormir, a comer. Justo a la salida de Les Jousses, un poco más arriba. Venimos durante las vacaciones escolares y algunos fines de semana también.

Quisimos saludar a nuestros vecinos al llegar. Por eso subimos hasta su casa. Pero ella no fue muy amable, por decirlo suavemente. Nos recibió con frialdad y no nos invitó ni a entrar. No mostró ningún interés por saber nada de nosotros. Estuvimos charlando como mucho un par de minutos.

No, nunca paramos en Saint-Marcel. Si venimos aquí es para ver fauna salvaje. Los fines de semana queremos estar en plena naturaleza, no tenemos tiempo que perder.

Ocurrió el año pasado, un día que ella no estaba en casa. Solo estaba él. Nos sorprendió una terrible tormenta mientras andábamos por allí cerca. Así que fuimos a su casa buscando refugio. Llamamos a la puerta varias veces. Como nadie respondía, nos atrevimos a abrir y entramos. Llovía a cántaros y las ráfagas de viento eran bastante violentas. Lo único que queríamos era resguardarnos del mal tiempo, secarnos un poco mientras esperábamos a que amainase. Y él estaba dentro, solo, enorme. No lo habíamos visto nunca. Estábamos empapados. No creo que tuviésemos pinta de ser agresivos. Más bien sonreíamos, aliviados por haber encontrado un refugio. Pero reaccionó de un modo muy extraño. Le entró como un ataque de pánico, se puso a lanzar gritos y a dar vueltas en círculo. Parecía un animal acorralado, peligroso como una fiera que ha caído en una trampa. Si nos hubiésemos acercado, nos habría mordido. Reaccionó exactamente como reaccionaría un animal. No se comportó como un ser humano sorprendido, sino realmente como un animal atrapado. Habíamos entrado sin permiso en su guarida y reaccionó amenazándonos con atacar. Teniendo en cuenta su envergadura, daba mucha impresión. Cuanto más acorralado se sintiese, más peligroso podía ser. Ate usted a un animal y acérquese contra su voluntad. Como no puede huir, si se aproxima demasiado intentará atacarlo dándole coces o cornadas. Pues él igual, a mayor acorralamiento, mayor peligro. Nos hizo pensar en las investigaciones de Temple Grandin. ¿No las conoce? Debería echarles un vistazo. Temple es autista e investigadora. Siente como un animal. Le habría parecido una reacción lógica.

¿Qué quería que hiciéramos? Pues volver a salir a pesar de la lluvia. Dejarlo en paz. Más tarde tuvimos ocasión de hablar de ello con la gente de la zona. Fue entonces cuando nos enteramos de que lo apodan el Oso. No es casualidad que le hayan puesto un nombre de animal.

¿Que si sería capaz de matar a alguien? Desde luego. Si se siente amenazado, desde

luego.

Nos alertaron sus risas, y sobre todo el hecho de que a las risas respondiera un burro. No quedaba muy claro quién provocaba a quién. Las risas eran menos escandalosas, claro, pero sonaban como una musiquilla aguda haciendo eco a los formidables rebuznos del asno. Los oímos antes de verlos. Una niña totalmente desnuda y un gran burro gris. Estaban bastante lejos de la borda donde viven el Oso y su madre, mucho más al oeste, justo debajo del risco que domina Les Jousses. Pensamos que sería una familia de excursionistas, aunque no veíamos a nadie más que al burro y a la niña, no había rastro de ningún adulto. Nos quedamos embobados viéndolos jugar juntos. Embelesados. No se lo he dicho, pero a nosotros nos apasiona la etología. Las relaciones que establecen los animales entre sí. Y no tiene uno la oportunidad de presenciar todos los días semejante comunión entre especies. Sobre todo porque el burro no estaba atado. Jugaban los dos juntos, eso es todo. Permanecimos horas observándolos. Tenían una relación increíble. La niña era pequeña, seguramente usted conoce su edad mejor que nosotros, seis años, tal vez siete, no más. El burro y ella jugaban como dos buenos amigos. La chiquilla se levantaba, se ponía de pie con las piernas y los brazos bien abiertos y el asno se abalanzaba sobre ella. La empujaba con el hocico, con el cuello, con el pecho, hasta que conseguía doblegar su resistencia y tirarla al suelo. Cuando se caía, la niña se partía de risa. Y parecía que el burro también. Ya sé que los animales no se ríen, pero teníamos esa sensación, como si les hubiera dado un ataque de risa a los dos a la vez. Entonces ella volvía a levantarse y reanudaban el combate. Y cada vez que se caía, volvían a troncharse de risa.
No, no nos hicimos más preguntas. Pensamos que los padres debían de estar por los alrededores. Y lo que nos interesaba, reconozcámoslo, no era tanto saber por qué aquella chiquilla estaba sola con un burro, sino observar su relación. Había allí un tema de investigación increíble. Los vimos jugar y luego dormirse acostados el uno junto al otro, la niña acurrucada contra la panza del animal. El asno tenía los ollares justo encima de la pequeña, como para echarle el aire caliente. Desde donde estábamos apostados, teníamos unas vistas estupendas. No nos cansábamos de observar la escena, de lo instructiva que era. Tomábamos notas, hacíamos esbozos. Estábamos tranquilamente instalados, con la suficiente discreción para no molestarlos y para no ser descubiertos. Bueno, o eso creíamos.

Ah, sí, desde luego, su aparición nos sacó del embeleso. Nos dejó terriblemente impresionados. Menuda fuerza de la naturaleza. Y tan incontrolable. Llegó por arriba. Nunca habríamos imaginado que alguien pudiera salirnos por detrás. A nuestra espalda solo había peñascos, una pared escarpada, ningún camino. Nos cayó literalmente encima. Gruñendo como un oso. Realmente pensamos que nos estaba atacando un oso. Se desplazaba del mismo modo, igual de discreto, igual de ágil, igual de enérgico, igual de imponente. Nunca habíamos pasado tanto canguelo. Enseguida vimos que no era un oso, claro, pero ya no había manera de librarnos del pánico. Bajamos corriendo como locos la pendiente. Él nos siguió. Y estamos convencidos de que, si hubiera querido, nos habría matado. O por lo menos herido. Pero supongo que no era ese su objetivo. Solo quería asustarnos, echarnos de allí y que no volviéramos nunca más.

No, no hemos vuelto. El mensaje había quedado claro, no volvería a repetírnoslo.

Sí, a ese excursionista le habrá pasado exactamente lo mismo que a nosotros. Se habrá encontrado con la niña y el asno. Y habrá intentado acercarse demasiado. Y el Oso lo habrá embestido.

¿Que por qué no lo denunciamos? ¿Y por qué deberíamos haberlo hecho? Cada cual actúa como considera conveniente. Si ese excursionista ha decidido venir a verlos, es asunto suyo. Nosotros no reaccionamos así. Es comprensible que pasara mucho miedo, porque nosotros también lo pasamos. Pero ¿de qué sirve denunciar a un pobre tipo que no está en sus cabales? Nosotros ya habíamos oído hablar del Oso y habíamos tenido un primer contacto complicado con él, el día de la tormenta. Al quedarnos mirando a la niña que él protegía, habíamos vuelto a invadir su territorio, era culpa nuestra, éramos nosotros los que teníamos que largarnos de allí. Reaccionamos como ante una bestia salvaje que defiende a su cachorro. No vamos a recriminarle a un animal que tenga instinto, ¿no?

Sí, pensamos que era hija suya. Nos pareció evidente, vista la vehemencia con que la había defendido. Un animal solo defiende así a sus cachorros. Nos pareció lo más lógico que fuera su hija. Y nos lo sigue pareciendo.

No, nunca sospechamos que hubiese una gruta justo ahí. Ni siquiera cuando nos cayó encima llegamos a imaginar que venía de una gruta abierta en la pared de la roca. No teníamos ni idea de su existencia. No está señalada en ningún mapa. Ha sido luego cuando hemos oído hablar de ella a los cazadores.

Volvimos al lugar después de que ustedes pasaran por allí. Vimos de nuevo al burro. Nos dio la impresión de que estaba inquieto. Con la niña nos había parecido tan tranquilo. También vimos cabras un poco más arriba, en la zona más escarpada del peñasco. También ellas se pusieron en alerta unos instantes, como el asno. Con la ayuda de los prismáticos vimos cómo nos observaban. Era como si todos los animales del lugar vigilaran a los humanos. Como si estuvieran intranquilos por el ajetreo de los últimos días. O inquietos por la desaparición del Oso y la niña. Percibimos claramente ese ambiente particular, tan nuevo, tan tenso.

Nosotras
las hadas
se lo pedimos a los gigantes.

Les pedimos
a los gigantes
ser madres.

A los gigantes
porque nosotras
las hadas
madres
sí que no.

Nosotras
las hadas
solo mecemos en nuestros brazos
a los bebés
de los gigantes.

10.

Yo no vivo en Ourdouch. Soy de Saint-Marcel.

Sí, a veces la veo en el mercado.

No, no hablamos entre nosotros. De hecho, no habíamos hablado nunca hasta ahora. Como mucho una sonrisa, un gesto. Nos saludamos de lejos.

Yo corro. Hago *trail*. Carreras de montaña. A veces voy a entrenar por allí arriba. Cojo el camino que sube desde Les Jousses hasta donde viven ellos. Atajo por el bosque antes de llegar. Los animales han abierto algunos pasajes. Y consigo colarme por ellos. No me planto en la puerta de su casa así por las buenas. No veo por qué debería pasar por delante de sus narices cuando puedo dar un rodeo. Soy una persona discreta. Es una regla básica en las carreras de montaña. No molestar.

Sí, a él lo he visto algunas veces por allí arriba. No, en el mercado, no. En el mercado no lo he visto nunca.
Si me ven pasar, los saludo con la mano, eso es todo. Están acostumbrados. Ellos hacen lo mismo.

Sí, él también.

No, no, nunca he subido hasta la gruta. Yo solo corro. No hago escalada.

Sí, ya sabía que había una niña.

Sí, a la niña también la he visto varias veces.

Con el burro, por lo general. O con el hijo de Mariette.

Pues lo de siempre, saludarlos con la mano, darles los buenos días y seguir adelante.

Como le decía, suelo ir por allí en mis entrenamientos de *trail*. Mariette y su hijo me conocen, están acostumbrados a verme. Y la pequeña igual.

¿Que por qué a mí el muchacho no me tiene miedo? Y yo qué sé. Ni siquiera sabía que tuviera miedo a nadie. Entre nosotros todo es muy fácil. Siempre ha sido así.

No, nunca me pareció que fuera algo anormal. La niña jugaba. El burro y el hijo de Mariette la vigilaban. ¿Por qué tendría que haber metido las narices en sus asuntos?

¿Que cuándo fue la primera vez que vi a la niña? Pues hará unos dos años, tal vez tres.

A los pies del risco, sobre la hierba. Dormían la siesta los tres, la niña, el grandullón y el burro. El burro también está acostumbrado a verme pasar. En aquella primera ocasión no reaccionó al oírme. Dejó que los otros dos siguieran durmiendo la siesta. Y yo pasé por su lado discretamente.

Sí, luego los he vuelto a ver a menudo.

Sí, sabía que usaban la gruta.

Pues porque los veía subir o bajar de ella.

Sí, subían o bajaban sin importarles que yo los viera.

¿Que cómo lo hacen? ¿Se refiere a cómo escalan hasta allí arriba?

Se saben los agarres de memoria. Son ágiles y están entrenados. Viéndolos, uno juraría que recorrer esos veinte metros de pared es pan comido. Suben y bajan por ella como si no fuera mucho más empinada que el camino.

Sí, la niña también.

Lo han hecho muchas veces delante de mí.

Porque me impresionaba. Y les aplaudía. Les encanta que les aplauda.

Sí, tal cual, jugaban a escalar delante de mí para que les aplaudiera.

Sí, la niña también.

Le encanta sorprenderme. Le encanta ver cómo pongo los ojos como platos. Se troncha de risa.

Sí, sí, se troncha.

No, a la niña nunca la he oído hablar. Hablar como hablamos usted y yo, no.

Yo les hablo, claro que sí.

Sí, estoy casi al cien por cien seguro de que entienden lo que les digo.

Eso no lo sé. La niña, por ejemplo, tiene un grito particular para llamar a las cabras. Para que bajen corriendo de las rocas. Luego lanza otros gritos, cada vez más suaves, hasta que todo el rebaño se junta a su alrededor. Es así como las hace bajar cuando quiere beber leche.

Sí, se bebe su leche. Mama directamente de las ubres. Y las cabras no se mueven si no es para olfatearle la cabeza, el pelo, para nada más.

En invierno, en verano, da igual la estación. Me la he encontrado en todas las épocas del año.

¡Pues claro que iba vestida cuando hacía frío!

No sabría decirle. No me interesan mucho ese tipo de detalles. No me fijo en ello. Ropa de niños, ropa de adultos, qué sé yo. Pero cuando hace malo, va abrigada, eso sí.

No, no estoy negándome a responder a sus preguntas, es solo que no doy importancia a los mismos detalles que usted.

Pues eso tampoco lo sé, lo siento, no tengo ni idea.

¿Y a quién quiere usted que le preguntara? Ellos no hablan, y ya le he dicho que a Mariette no le había dirigido nunca la palabra hasta que arrestaron a su hijo. ¿A santo de qué tendría que haber ido a preguntarle nada?

Para mí, formaban una familia. Se comportaban como un padre y una hija. Con eso me bastaba.

Pero ¿qué interés debería tener yo en saber si realmente era su hija o no? ¿Por qué es tan importante?

¡Pero si yo no veía nada anormal! Yo veía a un padre y una hija, se lo repito. Los veía felices juntos. Eso es todo.

No, con la madre de la niña no me he cruzado nunca. Pero ver a padres solos con sus hijas tampoco es tan raro, me parece a mí. Hay parejas que se separan, ¿no? Y hombres viudos, ¿verdad? Yo no me hacía ese tipo de preguntas, insisto. No eran más que un padre y una hija, y yo apenas un conocido que pasaba por allí de vez en cuando.

¡Ya se lo he dicho! ¡Me daba lo mismo cómo fuera vestida! ¡O si iba desnuda! ¡Me daba exactamente igual que al burro! ¿Acaso cambia algo la ropa que lleve un niño? Mientras no tenga frío, mientras se sienta a gusto con lo que lleva puesto, ¿qué más da?

No, no diga que no pongo voluntad. No es cierto. Me estoy esforzando por ayudarle.

Sí, si hubiese visto que había algún peligro, habría intervenido. Les habría avisado. Pero no había ningún peligro. Ninguno, se lo aseguro.

¿Qué está insinuando?

¿Me está acusando de un delito de omisión del deber de socorro? ¿Es eso? Pero ¿quién necesitaba socorro? ¿Quién? A ver, explíquemelo.

A nosotras
las hadas
a veces
nos llegan
del mundo de ahí abajo
algunas voces.

Voces
discordantes
disonantes
voces de normales
anormalmente normalizados.

Ríen con los extraviados
y luego
con una sonrisa en los labios
siguen su camino
su camino de normales
anormalmente normalizados.

A nosotras
las hadas
nos consuela
saber que algunos
en el mundo de ahí abajo
algunos normales
anormalmente normalizados
de los extraviados
no tienen miedo
que algunos
confían
en los extraviados.

Eso nos consuela
a nosotras
las hadas
nos consuela saber
que el mundo de ahí abajo está
en algunas partes
anormalmente normalizado.

11.

Bueno, de eso yo no puedo decirle nada. El buzón está con los de los demás habitantes de la aldea de Les Jousses, y no suele haber correo para ellos, tampoco creo que bajen a mirarlo demasiado. Yo ni siquiera sé dónde viven exactamente, me parece que están bastante más arriba. No conozco esa zona, yo no soy de aquí.

No, nunca me han llegado paquetes o cartas certificados para ellos. Por lo menos, yo no lo recuerdo. Pero tendría que acordarme si los hubiera visto alguna vez, si les hubiera hecho firmar, ¿no? No, no los conozco, lo siento. Solo conozco los nombres y el apellido. Llevo solo tres años haciendo el reparto de esta zona. Siento no poder serle de gran ayuda. De verdad se lo digo.

Uf, todo el mundo me pregunta si sé algo. Todo el mundo me lo pregunta porque soy el encargado de hacer el reparto en Ourdouch, pero yo no sé nada de nada. No los conozco, ya se lo he dicho. Y el helicóptero subió por la tarde, cuando yo ya estaba en casa, ya había acabado mi jornada laboral, así que no vi nada. Lo único que sé es lo que me cuentan o lo que veo en la tele. Nada más.

¿Que qué me cuentan cuando hago el reparto? Bueno, depende, depende de la gente. Unos dicen que la niña es hija de ella. Otros dicen que es hija de él. Incluso hay quien dice que es hija de los dos, y que por eso la tenían escondida. Hasta hay uno que me ha hablado, imagínese, de tráfico de niños. Como la frontera no está lejos, dice que pasan a los críos por los puertos de montaña, para la donación de órganos.

¿Y qué quiere que sepa yo? El policía es usted, yo solo soy el cartero.

¿Si hay más rumores? Claro, hay quien habla también de cuentos de hadas y de niños robados. Por lo que he podido entender, parece ser que si la pequeña vivía allí arriba es por culpa de las hadas y no del Oso. Pero esta versión solo la cuentan los más viejos, a los demás les hace mucha gracia. A los viejos les da igual y se lo repiten los unos a los otros, que no tenían que haber sacado a esa niña de ahí, que no nos traerá más que desgracias, que no hay que contrariar a las hadas, que ya lo veremos, y si no tiempo al tiempo. Es bastante disparatado, me parece a mí, pero eso solo lo cuentan los viejos de verdad.

Ah, eso seguro, la cosa está dando que hablar. Y la gente no para de repetir: «¡Pobre niña!, ¡pobre niña!». Y también hablan de la que la ha abandonado. De la madre de la niña. Nadie sabe quién es, pero todo el mundo habla de ella. Y la gente venga a decir también: «¡Pobre mujer!, ¡pobre mujer!».

¿Que le detalle lo que cuentan los viejos? Pues lo que le he dicho, la historia esa de las

hadas. Ellos no se bajan del burro. Las hadas, si alguien comete el error de llevarse a uno de sus niños, pueden llegar a ser peores que las brujas. Los viejos dicen que van a pasar cosas terribles, que el pueblo no se librará nunca de la maldición. Solo repito lo que he oído. Según ellos, habría que soltar al Oso y devolver a la niña a la gruta. Que todo vuelva a estar como estaba. También dicen que Mariette ha sido muy valiente al querer cuidar ella sola de ese pobre muchacho que no tiene muchas luces. Y que a Mariette no habría que meterle más palos en las ruedas. Eso dicen los viejos.

Nosotras
las hadas
sabemos.

Lo que
a veces
les pasa a las mujeres.

Lo que algunos hombres
a veces
les hacen.

Nosotras
las hadas
sabemos.

Entendemos que del niño
si es que hay niño
que del niño
algunas mujeres
no quieran saber nada.

Que del niño
no quieran saber
nosotras
las hadas
lo entendemos.

Aquí estamos
nosotras
las hadas
para liberar a las madres
de los niños impuestos
incrustados
insertados
en sus cuerpos de mujeres
sin haberles preguntado
nada
los hombres
antes.

12.

¿Por qué me lo prohíben? ¿Por qué no puedo verlo? ¿No entienden que lo que le da pánico es la manera que tienen de tratarlo? ¿Que está aterrorizado? ¿Que encerrarlo es lo peor que le pueden hacer? ¿Quieren que se vuelva loco? ¿Que se vuelva definitivamente loco? ¿Eso es lo que quieren? ¿Por qué me prohíben verlo? Es mi hijo, está perdido, me necesita. ¿Por qué no quieren entenderlo?

¡No, no pienso calmarme! Han encerrado a mi hijo, ¿y quieren que me calme? Han encerrado a mi niño cuando llevo protegiéndolo toda la vida precisamente de eso, de una vida encerrada. ¿Lo meten en la cárcel y se atreven a pedirme a mí, a su madre, que mantenga la calma? Pero ¿dónde están los psicólogos, dónde están esos que se supone que entienden algo? ¿No tienen a nadie que se interese un poco por la gente diferente?

¿Que por qué estoy tan furiosa? ¿Se está riendo de mí? ¿Acaso no le parece normal que una mujer a la que le han quitado brutalmente, violentamente a su hijo esté furiosa? ¿Se sienten orgullosos de la manera en que han actuado? ¡Mandar un helicóptero, nada más y nada menos! ¡Y atraparlo con una red! Pero ¿qué se creían que iban a capturar? ¿Una pantera? ¿Un tigre? ¡Imagine que le hicieran algo así a su hijo! ¡Imagíneselo! Y no a cualquiera de sus hijos, no, sino al más frágil, a ese que llevan toda la vida diciéndole que no está en sus cabales, que no entiende nada, ese al que todo le da miedo. Imagíneselo. ¿Acaso no estaría furioso?

¿Que cómo deberían haberlo hecho? Pues educadamente, correctamente, ¡con respeto! Viniendo a verme antes a mí, que soy su madre. Preguntándome. Pidiéndome explicaciones. Intentando comprender antes de sacar toda la artillería. Yendo paso a paso. ¡No saltándole encima como fieras! ¡No jugando a los soldaditos! Tenían que hacer gasto, ¿es eso? ¿Tenían que justificar la necesidad de un helicóptero? ¿Aún no habían cubierto el cupo de intervenciones violentas? ¿Necesitaban un poco de acción, un chute de adrenalina? ¿Es eso?

¡Que no pienso calmarme! Si quieren que me calme, vayan a buscarlo. Sáquenlo de detrás de los barrotes donde lo hayan encerrado. Tráiganlo aquí. ¿Aún no han entendido que no habla? No puede hablar, nunca ha sabido. Es incapaz de hacerlo, no les hablará. Por mucho que alarguen la prisión preventiva, por muchos interrogatorios a los que lo sometan, no conseguirán que diga una palabra. ¿Todavía no lo han entendido?

¡Pues vayan a buscarlo! ¡Tráiganlo aquí! Que pueda verme, que yo pueda abrazarlo, tranquilizarlo, calmarlo. Estará en un estado lamentable. No estará entendiendo nada de lo que le está pasando. Vaya a buscarlo, se lo ruego. Tráigamelo. Por favor. Haré

todo lo que pueda para ayudar, se lo prometo. Conmigo a su lado, podrán interrogarlo. Colaboraré. Pero vaya a buscarlo, por lo que más quiera. Sin mí, no van a conseguir nada. Sin mí, todo lo que hagan no servirá de nada.

Quiero verlo. Quiero que me lo devuelvan. Se lo ruego. Estoy agotada. He estado esperando en la puerta no sé cuánto tiempo. Por favor, devuélvamelo, devuélvame a mi hijo. Devuélvame a mi pequeño. Por lo que más quiera.

Si me promete que eso puede hacer avanzar las cosas, que eso puede ayudar, entonces vale. Pero prométamelo.

Está bien. Interrógueme. Pondré mi mejor voluntad, se lo prometo. Venga.

No, yo no sabía nada.

Se lo repito, nada. Si hubiese sabido que tenía a una niña en la gruta, habría hablado con él. Habría intervenido, sin duda. Pero no lo sabía.

Sí, en algún momento pensé que algo debía de estar pasando en la gruta. Y sí, podría haber hecho más caso a mis presentimientos.

Cuando tenía que ir a casa de Albert, cuando estaba con él, yo lo sabía. Albert y yo hablamos regularmente. Pero mi hijo pasaba mucho tiempo fuera, en otro lado. De eso estaba segura. Y desde hace varios años. Ya me había acostumbrado. No le hacía preguntas. Formaba parte de nuestros hábitos. No paraba mucho en casa, tenía algo en otra parte, pero no me decía nada. Yo me imaginaba que se trataba de la gruta. Tendría que habérselo preguntado desde el principio.
Digo «desde el principio» porque hubo un punto de inflexión. No fue algo progresivo. Tendría que haber intervenido entonces. Cuando cambió su comportamiento. Conozco muy bien ese estado de concentración tan particular que tiene cuando está curando, esa forma de abstraerse del mundo, más aún que de costumbre. Esa forma de apartarse incluso de mí. En un momento dado, sentí que ese estado particular no lo abandonaba nunca. Como si estuviese permanentemente cuidando de algún ser.

Digo un «ser» porque no habría sido capaz de precisar si era humano o animal. Yo creo que él se preocupa por todo ser que sufra, sea de la especie que sea. Siempre han sido animales, pero también podrían haber sido personas. Yo suponía que tarde o temprano acabaría ocurriendo. Me parecía algo inevitable. O que a lo mejor ya había empezado. Estaba convencida de que para él no habría ninguna diferencia. Pasaría con toda naturalidad de los unos a los otros. Para él sería lo mismo.

Estoy de acuerdo, resulta paradójico. Tiene tanto miedo de la gente que cuesta imaginar que pueda curar a nadie. Pero ante alguien enfermo, alguien desesperado, estoy segura de que su miedo pasaría a un segundo plano. Sobre todo si se tratara de un niño. O de un bebé.

Sí, en algún momento pensé en esa posibilidad, que el tiempo que pasaba fuera de casa lo estuviese dedicando a cuidar de un ser humano, incluso de un niño. Pero casi al mismo tiempo me decía que también podía tratarse de un animal, cualquier tipo de animal. Humano, animal, yo cada vez los distinguía menos. Sentía que estaba ocupándose de un ser vivo, y punto.

No, él nunca me ha comentado nada al respecto, ya se lo he dicho. Nunca me ha hablado de ello. Digo «hablar», pero él no habla, claro, ni siquiera conmigo. Lo cual no le ha impedido nunca hacerme entender lo que quería decirme. Y en el caso de la niña de la gruta, estoy segura de que no quería que yo supiera nada.

Nunca le hago preguntas sobre su trabajo. Confío en él y ya está. Hace tiempo que entendí que las bestias, por enormes o agresivas que puedan parecerme, nunca se volverán contra él. Vi cómo trabajaba con el rebaño de Albert al principio de todo. Albert me contó lo que hacía mi hijo. Sus gestos, la manera de tocar a las vacas. Me mostró cómo se comportaban con él, lo extraordinarias que eran sus reacciones. Albert no paraba de decirme que mi hijo tenía un don, que había que dejarle hacer, que sentía el mal, que los animales sabían que se acercaba para curarlos, que se mostraban agradecidos con él, que por nada del mundo lo habrían atacado.

Pocas veces traía a casa a los animales que curaba. Iba adonde Albert y se ocupaba de ellos allí. Menos con el burro. Es verdad, el burro fue una excepción. Nunca he sabido qué pasó exactamente con ese burro. Mi hijo no soportó dejarlo en lo de Albert. O quizá no soportó que volviera con su propietario. Debió de notar algo malo. Es la única vez que se ha negado a devolver a un animal después de curarlo. Albert me lo contó enseguida. Me dijo que mi hijo no quería dejarlo marchar. Que se había negado en redondo. Decidimos pagar lo que hiciera falta por el burro. Digo que se negó en redondo porque todo su ser expresaba esa negativa. No le hicieron falta palabras. Ni Albert ni yo podíamos acercarnos al burro.

No, nunca se ha mostrado amenazador conmigo. Puede llegar a ponerse nervioso si no entiendo lo que quiere expresar. O porque no estoy de acuerdo con él. Pero amenazador, no. Insistente, en cambio, sí. Con el burro insistió hasta que acabé aceptando.

¡Pero si no lo robó! Ya le he dicho que le pagamos el burro a su propietario. Él no robó nada.

¿Se da cuenta de lo que está diciendo? Pero ¿cómo se le ocurre que haya podido robar a una niña pequeña? ¿Dónde? ¿A quién? ¡Si solo iba a casa de Albert, no iba a ningún otro lado! ¡No veía a nadie más que a Albert y a mí! ¿Ha interrogado a la gente del valle? Le habrán dicho que nadie lo veía nunca, aparte de Luc cuando salía a correr. ¿Cómo podría haber robado un niño? ¿Usted se lo imagina bajando hasta Saint-Marcel, entrando en la guardería y llevándose a un crío bajo el brazo? ¿Eso es lo que se imagina?

¡Pues claro que me pongo de los nervios!

Sí. Discúlpeme. Voy a calmarme. Ya me calmo. Míreme. Está bien. Puede continuar.

Sí, estoy de acuerdo con usted. En algún lugar tiene que haberla encontrado. Sí. Desde luego.

Si hubiese estado segura de que se trataba de una criatura, sí. Ya se lo he dicho y se lo vuelvo a repetir, estoy casi convencida de que, si hubiese tenido la certeza de que se trataba de una criatura, habría intervenido. Pero no estaba segura de nada, ya se lo he dicho también. Supongo que sí, lo reconozco de nuevo, supongo que debería haber ido más lejos e intentado saber lo que estaba pasando. Pero quería confiar en él. Como había hecho siempre. Si me hubiese necesitado, habría venido a buscarme. Se las apaña muy bien solo. Para cuidar de un ser necesitado, él tiene mejor mano que yo, mejor mano que cualquiera. Tenía plena confianza en él.

Por supuesto que lo que ha hecho, desde el punto de vista de las normas de nuestra sociedad, es grave. Por supuesto que es un delito. Por supuesto que nadie puede ocuparse de un niño desconocido sin avisar a las autoridades. Que es inconcebible dejar a una niña durmiendo en una gruta o bajo la vigilancia de un asno. Por supuesto. Dicho lo cual, ¿acaso es eso lo más relevante ahora mismo? ¿No es más importante saber por qué esa niña ha acabado en sus manos? ¿Saber quién se la ha dejado? ¿Y por qué nadie ha vuelto a recogerla? Él no la ha robado, de eso estoy completamente segura. Se lo vuelvo a repetir, mi hijo no salía de casa más que para caminar por la montaña o para ir a lo de Albert. No tenía relación con nadie más. ¿A quién podría habérsela robado? Eso significa que solo han podido dársela. O quizá la pusieran en su camino para que él la encontrara. Querrían que la cuidara como cuida a los animales. Se la darían porque no verían otra solución, porque no podrían hacer otra cosa. Estoy convencida de ello. Convencida de que esa es la pista que deberían seguir ustedes.

¡Pero si no le estoy dando lecciones de ningún tipo! Solo intento ayudar. Hago todo lo que puedo. Yo también quiero saber qué ha pasado. Y tengo una enorme ventaja, una ventaja que parecen ustedes olvidar: que yo conozco a mi hijo. Por eso puedo afirmar que, si cuidaba de esa niña desde hacía tanto tiempo y guardaba el secreto con tanto celo, hasta el punto de no haberme dicho nada ni siquiera a mí, es porque alguien le había encargado, a él y solo a él, esa misión.

¡Pues claro que es capaz de cuidar de un niño! ¡De un bebé o de un niño más grande, qué más da! ¡Por supuesto que sí! ¿Qué se cree? ¿Que porque tiene la corpulencia de un oso y cara de pocos amigos es un bruto? ¿Piensa eso de verdad?
¡Pero cómo quiere que no me enfade cuando le oigo decir semejantes burradas!

Perdón.

Sí, estoy agotada.

No, no quiero parar. Sigamos adelante. Ya me calmo. Se lo prometo. Podemos continuar. Le escucho.

Sí, es muy posible que haya estado cuidando de ella desde que era un bebé. Cinco o seis años podría corresponder perfectamente al momento en que empezó a ausentarse de casa más a menudo de lo habitual. Pero me gustaría precisar una cosa. Estoy convencida de que todo esto tiene algo que ver con las hadas. Escúcheme, es importante. Mi hijo ha tenido siempre un vínculo muy estrecho con las hadas. A causa de la leyenda. Con las hadas y con su gruta. No, déjeme seguir, escúcheme. Cuando alguien en la escuela hablaba de las hadas, volvía a casa tremendamente excitado. De pequeño pasó mucho tiempo buscando la gruta. Y cuando la encontró, empezó a ir a menudo. No siempre me lo decía, pero, por el modo que tenía de sonreír cuando volvía, yo sabía que había estado en la gruta de las hadas. Era todavía un niño, le estoy hablando de cuando aún iba a la escuela, la gruta de las hadas era su refugio, el sitio donde se sentía protegido de todo lo que lo atemorizaba, la civilización, el ruido, los coches, los otros chavales que iban en pandilla. Tiene una relación particular con las hadas. Una especie de adoración. Veo que le resulta gracioso. Le parecerá una chorrada lo que le estoy diciendo. Pensará que estoy tan mal como mi hijo. Es evidente que defender a un hijo apelando a la relación particular que tiene con las hadas no debe de contribuir demasiado a su causa. Ni a la mía. Pero insisto, no me cabe ninguna duda de que la explicación está en las hadas. Puede pensar lo que quiera de ellas, pero si mi hijo ha conseguido mantener cierto equilibrio desde la adolescencia ha sido gracias a las hadas. Ya me imagino que necesita usted algo más concreto. Y las hadas, claro está, son todo menos concretas. Esa niña, en cambio… Sea como sea, la explicación la encontrará en las hadas, llámeme obstinada si quiere.

Sí, esa niña tiene que haber venido necesariamente de algún lugar. Pero sobre su procedencia, yo no puedo ayudarle en absoluto. Lo único que puedo afirmar una y otra vez es que mi hijo estaba obnubilado por la leyenda de la gruta de las hadas. La gente de la zona dice que las hadas roban bebés. Pero mi hijo me hizo entender que no, que las hadas no roban bebés, sino que los protegen. Él reescribió la leyenda. No es ninguna casualidad que escondiese a esa niña en la gruta. Confiaba en las hadas. Creía en su versión de la leyenda. Si tenía que proteger a un bebé de algún peligro, me parece lógico que se lo encomendase a las hadas.

¡A mí no me parece ninguna chorrada! ¡Solo es una chorrada si lo miramos como humanos arrogantes, pagados de nosotros mismos! Pero intente reflexionar como lo haría él. Intente dar un paso al lado. Por favor se lo pido. Intente imaginarse a las hadas con su leyenda, y a mi hijo en medio con el bebé que le han encomendado. Inténtelo.

¡Pues claro que estoy cansada! Pero ¿qué más da que esté cansada? Eso no es lo importante. Aguantaré lo que haga falta, créame que soy dura de pelar. Continuemos, le escucho.

De pequeño, llevaba cosas de casa a la gruta. Incluso llegó a construir bancos para las hadas. Y con los bancos hacía igual que yo con las joyas. Le gusta la precisión, tiene buena mano para los detalles. Le encanta el trabajo minucioso. Hizo dos banquitos. Lo vi trabajar en ellos mucho tiempo. Le gusta pulir la madera durante horas y horas. Fabricó dos maravillas para las hadas. Quería que los banquitos fueran como ellas.

No es cierto que la escuela no le sirviera de nada, no puede usted decir eso. Es verdad que nunca aprendió a leer ni a escribir, pero yo sabía que retenía cosas. La historia de las hadas, sin ir más lejos, la aprendió en la escuela, y yo la conocí gracias a él. Entendía cosas. Las retenía. Y las sabía transmitir.

¡Lo que me propuso la señorita Lafont era justo lo contrario de lo que necesitaba! ¿Sabe usted por qué vine a vivir aquí con él, completamente aislados? ¿A esta montaña en la que no había estado nunca? Porque cuando nació, los médicos me dijeron que iba a ser un disminuido psíquico y que habría que estar pendiente de él toda su vida. En aquel entonces vivíamos en la ciudad, y se ponía a gritar en cuanto oía el ruido de un motor, de un claxon, de un coche acelerando. Cuando un autobús pasaba por debajo de nuestra ventana, se ponía a temblar. Pero el temblor se le pasaba en cuanto lo cogía en brazos y lo llevaba a pasear por el parque. Al oír el canto de un pájaro, sonreía. Ante el glugluteo de un pavo real, se ponía a reír. Por eso nos fuimos. Porque comprendí que encerrarlo en un hospital no sería la solución, dijeran lo que dijesen los especialistas. Porque sabía que lo que él necesitaba era aire libre, naturaleza, calma, espacio. Necesitaba libertad, y lo que me proponía su maestra era encerrarlo.

Es verdad. Cuando la señorita Lafont quiso mandarlo a un centro, me las ingenié para que mi hijo y yo desapareciéramos discretamente del mapa. Es probable que entonces fuera más fácil que ahora. Lo aparté voluntariamente del sistema porque la vida que yo había imaginado para nosotros era la única que a él le convenía. Nosotros dos solos, la montaña, los animales, las hadas, la fórmula perfecta, mi hijo irradiaba felicidad por los cuatro costados. ¿Por qué tendría que haberlo mandado a un centro psiquiátrico? ¿Por qué tendría que haber hecho caso a su maestra cuando sabía muy bien que estaba equivocada?

No, no tengo la sensación de haber sido una mala madre. Para nada.

No tiene padre.

Eso a usted no le incumbe. Y no veo qué interés podría tener para la investigación.

¡No, no diga que no pongo buena voluntad!

¿Cómo quiere usted que lo sepa? ¡No tengo ni idea de cómo se comporta la niña! No.

¡Pero es normal que la niña grite! ¡Es normal que llore, que no quiera que nadie se le acerque, que nadie la vista, que nadie la lave! Si ha vivido en la gruta desde que era

bebé, si solo conoce el bosque, las rocas, los animales, si no ha visto a más humanos que a mi hijo y, de vez en cuando, a Luc, ¿tanto le extraña que pueda estar aterrorizada por lo que está viviendo? ¿No se da cuenta de que el maltrato es precisamente eso?

¡Pues claro que he vuelto a perder los nervios! ¡Los he perdido y los perderé mil veces! ¡Claro que sí! ¿Cómo no voy a perderlos? Vale, ya me calmo, pero quiero que vuelva usted a hablar con Luc. ¿No le ha dicho que se encontraba a menudo a mi hijo y a la niña? ¿Y que su presencia no ha supuesto nunca ningún problema? ¿No le ha dicho que la pequeña nunca le ha tenido miedo? Supongo que se lo habrá contado, ¿no? Le habrá dicho que la niña está bien. Que es una niña normal, si esa es la palabra que quiere usted oír. Que es absolutamente normal. Supongo que se lo habrá dicho, ¿no?

¡Que no, que nunca antes me había hablado de esa criatura! Ya le he dicho y le he repetido que yo no estaba al corriente de su existencia. ¿Tengo que volver a repetírselo? Luc no me había hablado nunca de ello, ¡si ni siquiera habíamos hablado nunca antes de que arrestaran a mi hijo! Pero desde entonces me ha hecho mucha compañía, he pasado tantas horas esperando en la puerta, y se hace tan larga la espera. Y mientras esperaba, Luc me ha contado muchas cosas. Si a mí no quiere escucharme, escuche lo que dice él. Si considera que yo soy demasiado marginal, demasiado mala madre, escúchelo a él. Él es alguien normal. Vive en la ciudad, tiene un coche, un oficio que todo el mundo conoce. Él está dentro de la norma, no como yo. Escúchelo a él. Hágame el favor.

¡Pero si eso ya lo sé! ¡Ya sé que al final no meterán a mi hijo en la cárcel! Que lo declararán incapaz. Lo sé perfectamente. ¡Y acabará sus días en un hospital psiquiátrico! En vez de meterlo entre rejas, lo encerrarán en otra parte. Van a volverlo loco de verdad. ¿Eso es lo que quieren? ¡Pues atrévase a decírmelo a la cara! ¡Atrévase a decírmelo a mí, a su madre, mirándome a los ojos! ¡Atrévase a decirme que es eso lo que quieren! Que lo que quieren es volver realmente loco a mi pequeño.

Nosotras
las hadas
vemos
lo que algunos hombres
a veces
hacen a las mujeres
sin pedirles
permiso.

Sin pedir
a las mujeres
su consentimiento
sin pedírselo
los hombres
antes.

Nosotras
las hadas
sospechamos
lo que puede significar
en el mundo de ahí abajo
ser niña
ser chica
ser mujer.

Nosotras
con nuestros cuerpecitos
nuestros cuerpecitos de hadas
entendemos
lo que debe de ser
un hombre
al que le trae sin cuidado
preguntar
antes de entrar.

13.

He venido a hablar con ustedes por lo de la niña. O más bien por lo de la madre. No la conozco, no es eso, no quiero que crean que la conozco. No he venido a decirles quién es la madre, no sé quién es, lo siento. Quizá mi declaración no sea de gran ayuda, pero quería venir igualmente para contarles lo que ha despertado en mí esta historia. Yo podría haber sido la madre de esa niña. Eso es lo que quiero decir. Entiendo a esa mujer, entiendo lo que hizo. Yo podría haber hecho lo mismo, podría haber dado mi bebé a las hadas. Lo pensé. Cuando me pasó lo que me pasó, lo pensé. Me resultaba tan inaceptable haber vivido lo que había vivido, y que de algo así me naciera un hijo. Era inimaginable. Las hadas me parecían más realistas que aquella realidad que me había estallado en la cara. Creo que no estoy siendo muy clara, discúlpeme. Pero he pensado que sin duda serían ustedes hombres, y es mucho menos evidente para un hombre entender algo así, por eso he venido a explicárselo. Disculpen si lo que les cuento es inconexo. Pero es lo que me pasó, que encima me encontré con un bebé, un bebé en la barriga, como si lo otro no fuera suficiente, como si hubiese que reforzarlo para hacerme entender que había pasado de verdad, que no había sido solo una pesadilla. Para mí no era concebible, no era posible, que saliera un bebé de todo aquello. Di a luz en el hospital. Me acogí al parto secreto. Pero habría preferido dejárselo a las hadas. Es cuestión de valentía, me parece a mí. Yo no fui lo bastante valiente, no me atreví a quedarme unos días al bebé antes de llevárselo a las hadas. No fui capaz. Pero lo habría preferido. Me habría gustado que las hadas se ocuparan del bebé antes que dejarlo en brazos de vaya usted a saber quién. Él no tenía la culpa de nada. Las hadas habrían sido lo mejor para él. Eso es lo que quería decirle. No sé si me explico, pero estoy convencida de que esa niña fue un bebé que alguien dejó a las hadas. Estoy segura. Esa madre fue más valiente que yo, dio el paso que yo no me atreví a dar cuando me pasó lo que me pasó. Les hablo de cosas que sucedieron hace mucho tiempo, cosas que nunca le he contado a nadie. Supongo que ha tenido que transcurrir todo este tiempo y haber llegado a mis oídos esta nueva historia. No me malinterpreten. No estoy loca. Aquí soy una persona conocida, y respetada. Nadie podría imaginarse lo que le ocurrió a Viviane Desroches, la farmacéutica de Saint-Marcel. Nadie sospecharía que esa señora en la que me he convertido, esa señora siempre tan erguida con su bata blanca detrás del mostrador, que escucha las quejas de todos los habitantes del valle y tranquiliza a todo el mundo, que esa señora dio a luz por parto secreto hace treinta y dos años y tres meses. Nadie podría imaginarse que la farmacéutica de Saint-Marcel abandonó a su bebé, y que desde entonces no ha parado de lamentar no haberlo dejado a los pies de la gruta de las hadas. Ustedes me miran y ven a una mujer madura, sensata, con la cabeza bien amueblada. He venido a verlos porque quiero estar segura de que entenderán lo que les diga. Tengo una edad lo bastante respetable como para que no se tomen lo que les voy a decir como una ofensa. Veo pasar por la farmacia a todas esas chicas e intuyo lo que les ha pasado, o lo que les puede llegar a pasar. Sí, aquí también. Como en todas partes. Ustedes son

hombres, me imagino que debe de ser más difícil para ustedes entender lo que significa ser una chica joven, el peligro que eso supone. No estoy diciendo que todos los hombres sean unos cerdos y que todas las chicas sean sus presas, no digo eso. Lo que digo es que algunos hombres, y no necesariamente los que parecen más inestables ni los más marginales, algunos hombres se pasan de la raya. Lo siento, pero voy a hablar sin tapujos. Ustedes son hombres, pero intenten imaginar qué significa que unos dedos, un sexo, entren en tu cuerpo cuando no lo deseas. Intenten imaginárselo. Estás ahí, en tu puesto de trabajo, un día cualquiera, con tu compañero de siempre, en plena rutina, y de pronto, no sabes por qué, sin entender qué ha podido pasar ni desatar semejante furia, el amable compañero te empuja contra la mesa, te sujeta las manos, te aplasta la cabeza contra un montón de carpetas, te susurra al oído no te muevas, zorra, no digas nada, no quiero oírte, y por supuesto tú no dices nada, porque es algo inconcebible, es tu compañero de trabajo, un muchacho la mar de majo que no haría daño ni a una mosca, lo cual no impide que te aplaste los pechos contra la mesa, no impide que te levante la falda, que te arranque las bragas, no impide que te deje con el culo al aire y empiece a introducirte los dedos, a hundírtelos, y le da igual que cueste, encontrar resistencia, al revés, eso aún lo excita más, y no deja de repetirte cómo te gusta, eh, zorra, cómo te gusta, y es su voz, la reconoces perfectamente, es la voz de tu amable compañero, ese que te trata de tú, que te da un beso todas las mañanas, el mismo que ahora perfora con los dedos todos los agujeros de tu cuerpo. Seré más clara. Ya que son ustedes hombres, ya que también tienen ustedes un ano, limitémonos a ese único orificio. Imagínense, ya que los tengo a ustedes dos aquí delante, imagínense al otro, a su compañero de despacho, metiéndoles los dedos por el ano, pero no para jugar, no, sino para hacerles daño, para su exclusivo placer, si es que se puede llamar placer a eso, y cuando no son los dedos es el sexo, e incluso otras cosas, ya ni saben, no entienden nada, es todo tan borroso, cada vez más borroso, así que para no volverse locos se aferran a los detalles, a cualquier chorrada, a la carpeta de su compañera Louise Lemarchand, la enorme carpeta roja contra la que tienen la nariz aplastada, la carpeta con el nombre de su compañera escrito a mano por ella misma, con esa letra tan aplicada, su nombre a escasos centímetros de los ojos, Louise Lemarchand, y mientras su compañero los desgarra, los insulta, los destroza, ustedes no ven más que ese nombre, no piensan en nada más que no sea esa Louise Lemarchand que están llenando de babas, y ya saben que no van a contárselo a nadie, que nadie lo entendería, pero nunca olvidarán el nombre de Louise Lemarchand, como si ella hubiera sido el único testigo, como si hubiesen podido compartir con ella, aunque fuese un poco, su asqueroso secreto. Porque después de eso, ir a comisaría, contarlo todo, será superior a sus fuerzas. A mí por lo menos me resultó más fácil esconder la cabeza bajo el ala, enterrar el recuerdo en lo más hondo, desterrarlo lo más lejos posible. Pero no contaba con el niño. No contaba con que dejaría huella. Así que las hadas, permitirme creer en las hadas, fue en cierto modo un alivio. De vez en cuando, en lugar de tener pesadillas, veía a las hadas. Se me aparecían. Las hadas de la gruta, las que cuidan de los bebés. Una se aferra a lo que puede. El mundo real se había vuelto demasiado peligroso, el horror podía surgir de cualquier parte, incluso de aquellos cuya conducta parecía irreprochable. Por suerte, estaban las hadas. Impidieron que me hundiera, me ayudaron a levantar cabeza, a seguir haciendo mi vida de chica y luego de mujer. Yo les hablaba. Les hablo todavía. Puede parecer

pueril. Pero no soy en absoluto una chavalita de quince años ni una iluminada. No hay nadie que tenga más los pies en el suelo que yo, nadie más pragmático, los que me conocen pueden confirmárselo. Y sin embargo… A todas las chicas que algún día conocerán ese horror les deseo que encuentren a las hadas, ellas las ayudarán a levantarse. Eso es lo que quería decirles. Que la que abandonó a su hijo podría haber sido yo, Viviane Desroches, la farmacéutica de Saint-Marcel. Podría haber sido yo u otra cualquiera. Una chica de aquí, cualquiera de ellas. Es lo que les quería decir.

Nosotras
las hadas
al mundo de ahí abajo
se lo advertimos.

Mientras a las niñas
a las chicas
a las mujeres
sacrifique.

Mientras a los extraviados
entre cuatro muros
encierre.

Mientras eso y todo lo demás
mientras semejante despropósito
perpetúe.

Entonces
torrentes bosques animales
sobre el mundo de ahí abajo
su furia
descargarán.
Durante todo el tiempo que dure
semejante despropósito.

Torrentes bosques animales
sobre el mundo de ahí abajo
descargarán
su furia
la enfermedad
la muerte.

14.

Disculpe, comisario, pero tenemos un problema. Se trata del grandullón, no paraba quieto, venga a darse cabezazos contra la pared, y puñetazos, estaba cubierto de sangre, no sabíamos qué hacer, así que hemos abierto la celda, no deberíamos haberlo hecho, pero estaba sangrando a chorros. Lo hemos hecho, habría sido mejor no hacerlo, pero hemos abierto. Antes de que los dos compañeros pudieran ponerle las esposas, ya los había dejado fuera de combate. Ha sido terrible, comisario, terrible, se lo juro. Yo no he tenido tiempo de hacer nada, se ha puesto a correr de un lado a otro por los pasillos, abriendo todas las puertas. Está zumbado, comisario, se lo juro, completamente zumbado. No se le puede tocar sin que te tire al suelo. He gritado que cerrasen todas las salidas, para que no pudiese escapar, y he venido corriendo a avisarle, quería llegar antes que él. Porque le está buscando, comisario, estoy seguro de que es a usted a quien está buscando. Lo va a destrozar todo, está loco de remate. Eh, comisario, ¿no lo oye? ¡Es él, comisario! ¡Ya llega! ¡Ese jaleo es él! ¡Ya llega, comisario! ¡Va a acabar con todos nosotros! ¡Joder, comisario, ya llega! ¡Ya llega! ¡Cuidado, comisario, cuidado! Va a… ¡Comisario! No, no se…

Joder, yo no quería, se lo juro, ¡no quería! No quería. Pero no tenía alternativa, eh, no tenía alternativa, lo ha visto, ¿verdad? Oh, joder, se lo juro, no quería hacerlo. No quería, se me ha escapado. Nunca he hecho algo así, comisario, se lo juro, es la primera vez. Iba a matarnos a todos, se ha dado cuenta, ¿verdad? Ha sido en legítima defensa, estará usted de acuerdo conmigo, comisario, en legítima defensa. Se pondrá de mi lado, ¿no es cierto? No me dejará tirado, comisario. No me dejará tirado, ¿verdad?